DESDE **12** AÑOS

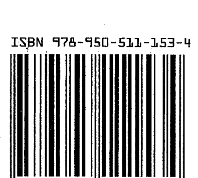
Otroso

Graciela Montes
Ilustraciones de Alicia Cañas

Otroso: otro mundo. Su construcción empieza por el desplazamiento de una baldosa de cocina y sigue con la construcción de una compleja red de túneles y galerías por debajo del barrio de Florida. Así surge el mundo subterráneo y secreto en el que una pandilla de chicos y chicas comparte y vive sus emociones y sus fantasías. Hasta que aparece la Patota, una banda juvenil violenta y amenazadora.



ISBN 978-950-511-153-4

ALFAGUARA

Graciela Montes

Otroso

ALFAGUARA JUVENIL

Otroso

Graciela Montes



ALFAGUARA JUVENIL

De esta edición



1994, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-511-153-4
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Primera edición: febrero de 1994
Segunda reimpresión: junio de 1994
Segunda edición: abril de 1995
Vigésimosegunda reimpresión: enero de 2013

Diseño de la colección: José Crespo, Rosa Marín, Jesús Sanz

Montes, Graciela Silvia
Otroso. - 2a ed. 22a reimp. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.
144 p. ; 22x13 cm. - (Serie Azul)

ISBN 978-950-511-153-4

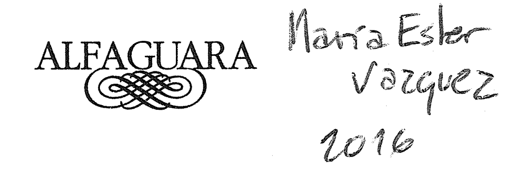
1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título
CDD A863.928 2



Otroso

Últimas noticias del mundo subterráneo

Graciela Montes



A Sara Mondani,
que siempre supo ovillar historias.

Se empieza como se puede
o
La punta del ovillo

Esta historia que les voy a contar aquí no sé muy bien dónde empieza y ni siquiera sé dónde termina. No sé bien si empieza el día en que se pusieron a cavar, después de levantar con mucho esfuerzo (porque estaba tan pesada) la primera baldosa, o si empieza muchos meses después, cuando dieron por terminada la excavación y volvieron a colocar las baldosas en su lugar, de modo que pareció que debajo del piso de la cocina no había nada (y sin embargo había, ¡claro que había!, había mucho: había todo lo que quiero que entre adentro de esta historia).

Pero cuando uno se pone a contar una historia, uno no sabe bien. O sabe bien, pero no sabe cómo. Y eso porque las historias empiezan a crecer de manera muy desprolija, un poco a gotas y un poco a borbotones, y a veces aparece primero el principio y después el final pero otras veces es al revés y lo único que está al principio es el final, y hay que ir siguiendo el hilo hasta encontrar el principio, que está del otro lado del Laberinto. En el hilo de Ariadna estoy pensando (no sé si conocen a Ariadna pero les cuento que con un hilito, con apenas un hilito, salvó a su enamorado del hombre-toro, que parecía inmortal).

"Este libro es un lío", dicen algunos (los más impacientes): "en vez de contar una historia bien contada, como hay que contarla, se viene con esta cuestión de los laberintos y los hilos y las Ariadnas (que no son Adrianas) y uno no entiende bien dónde demonios se ha metido". Yo me defiendo (tengo que defender mi historia) y digo: "Y bueno, leer un libro no tiene por qué ser tan fácil. A veces también hay que encontrar el hilo para salir del Laberinto". Sin contar con que lo de Ariadna, ya van a ver, viene a cuento.

Por otra parte, no es tan raro que no sepa por dónde empezar (aunque ya, ya siento en la punta de los dedos el hilito de esta historia) porque yo esta historia un poco la sé porque la sé (como la saben tantos otros en el barrio, y más siendo, como soy, cronista principal y corresponsal único de *La Gaceta de Florida,* que sale un jueves sí y tres jueves no y que si se apuran todavía pueden conseguir en el quiosco de Ángel), y otro poco la sé porque me la contaron los que estuvieron viviendo adentro de ella. Quiero decir que un poco la sé porque vivo por acá cerca, y estuve una vez por lo menos en la cocina de las baldosas levantadas y muchas veces en el tallercito de la calle Warnes y en la ferretería de la vuelta y en muchos otros sitios por donde se entra a esta historia, y otro poco la sé porque me la contó (cuando tuvo ganas de contar) Ariadna González, protagonista, y, años después, el Batata Tomasini, también protagonista. No son los únicos, claro está, hay varios más: está Hugo Berenstein, está Teresa Díaz –la Tere– y está Rosa Jaramillo, que tiene nombre de ramo. Y más adelante, ya van a ver, Ricardo Renner. Y no solo ellos sino muchos otros son personajes grandes y chicos de esta historia, porque en mi barrio (yo vivo en el barrio de Florida) siempre sucede que todos se meten en las historias y

entran y salen de ellas; es más: cuando hace calor, se sientan a tomar cerveza a la puerta de las historias. Créanme, el barrio de Florida es así como les digo. Y yo sé lo que les digo porque hace años de años que vivo acá: mi casa es esa medio amarilla y medio rosada, del otro lado de la estación del tren, justo donde empiezan a crecer las campanillas azules en el cerco.

Fue en Florida; en ningún otro barrio pudo crecer esta historia.

"Bueno, basta", dicen los que estaban impacientes antes y ahora ya están enojados: "sabemos que esta historia sucedió en Florida pero el resto sigue siendo un lío". Y yo (para tranquilizarlos) digo: "Está bien, voy a poner un poco de orden en todo esto".

Así que –y esta vez va en serio– esta es la historia de Ariadna y la baldosa y el barrio de Florida.

Ahora es cuando los que leen empiezan a preguntarse quién es Ariadna y cuando yo, que soy el que está tejiendo esta historia –que será una historia un poco desprolija, no digo que no, que va y que viene y que a veces se enreda, pero una historia– sé que llegó el momento de presentar a los personajes, si no quiero que se me pierdan los puntos ni los lectores.

El autor hace el identikit de los personajes (y demuestra con eso que quiere ordenar la historia)

No sé cuántos años tendrá Ariadna hoy, habría que hacer la cuenta, pero, para cuando empezó esta historia, tenía quince, me parece.

Ariadna tiene la piel pálida y suave y en ese entonces usaba el pelo muy largo. A los quince, lo que más le hubiese gustado en el mundo a Ariadna era ser flaquita como la Tere, porque a ella los bluyines le quedaban muy ajustados (las dos nalgas le florecían debajo del bluyín como dos lunas) y siempre que pasaba por el taller de Warnes le decían cosas, y ella se ponía colorada como un malvón y parecía que iba a estallar. A veces daba la vuelta a la manzana para no tener que pasar por el taller, aunque para eso tuviese que caminar más cuadras.

El padre de Ariadna es electricista. Bueno, era: murió el invierno pasado. Se llamaba Gervasio, Gervasio González, que, no sé por qué siempre me pareció un nombre raro, Tenía un portafolios de cuero endurecido y viejo, muy hinchado siempre y mal cerrado con una hebilla, del que brotaban cables, pinzas y enchufes. Trabajaba por su cuenta: a veces conseguía algún conchabo grande, en un edificio del centro, pero las más veces solo hacía changas por el barrio. Cuando Ariadna era

chica, Gervasio González le hacía pulseritas de colores con los pedazos de cable que le sobraban, y encima de la cama le había instalado un farolito que se encendía y se apagaba solo, como un arbolito de Navidad. Pero, para los días en que empezó esta historia, hacía tiempo que el farolito había dejado de funcionar, aunque seguía colgado, llenándose de polvo y temblando cada vez que alguien abría o cerraba la puerta. Siempre que Ariadna le pedía al padre que se lo arreglara, él decía que después, que más tarde.

La madre de Ariadna es nuestra loca, la única loca que tenemos en el barrio (si se descuenta al linyera, que también es loco pero que no se puede decir que viva acá porque pasa sólo los jueves). Se llama María Blanca, María Blanca de González (Blanca es el apellido de soltera).

María Blanca se volvió loca cuando Ariadna estaba en sexto grado. Me contaron –porque para esa época no me ocupaba yo todavía de las crónicas del barrio (*La Gaceta* no había sido fundada) y por lo tanto sabía poco y nada de lo que le pasaba a la gente del otro lado de la vía– que le vino de pronto, en una tarde de octubre, la locura. Que se quedó muy quieta, mirando una pared y rascándose despacito el brazo. Cuando le hablaban, ella no hablaba. Ni miraba. Seguía con los ojos fijos en la pared, rascándose el brazo. Después, de golpe, se echó a cantar, y cantó y cantó muchos días seguidos.

Parece que todo el barrio se la pasó hablando de la locura de María Blanca ese verano. Los más burlones decían que, como era la mujer del electricista, era lógico que se le hubiesen pelado los cables. A los más melancólicos se les oscurecían los ojos cuando se acordaban de ella. Pero a la mayoría le daba una mezcla de pena y risa cuando pasaba por la puerta de su casa en Agustín

Álvarez y la oía cantar canciones de esas que cantaban las nenas de antes en los recreos.

Ni a Gervasio González ni a Ariadna ni a nadie se le ocurrió que hubiese que internarla, tal vez porque en todos los barrios tiene que haber algún loco. La llevaron, eso sí, al doctor Benítez, del Hospital Pirovano, y el doctor Benítez les dijo lo que ellos ya sabían: que era una loca mansa.

Supongo que vivir con una loca era solo una manera diferente de vivir, porque se fueron acostumbrando. Ariadna, al menos, se acostumbró porque Gervasio González se fue marchitando de a poco. "Estaba tan raro mi papá, tan opaco", dice Ariadna, "que parecía más loco que ella".

María Blanca nunca volvió a hablar. Cantaba, eso sí. "Cantaba Arroz con leche", "Estaba la paloma blanca", "En coche va una niña, carabín". Cantaba lindo. Salvo algunos días, los días malos, en que ni siquiera miraba a nadie y dejaba de cantar. Pero en los días buenos cantaba y cantaba, y hasta hacía zapallitos rellenos y budín de pan (que era lo que más le gustaba a Ariadna). El día en que el pelotón policial entró en la casa para revisarlo todo, estaba haciendo budín de pan, me acuerdo muy bien de eso.

A Ariadna le daba mucha rabia cuando María Blanca se quedaba muda, pero cuando le sonreía y cantaba canciones con voz clara en la cocina, sentía algo entre alegre y triste y corría, no sabía bien por qué, a abrazarla. Esos días eran los mejores. Con un hilo atado en círculo, que Ariadna siempre llevaba encima –y que apuesto a que hoy sigue llevando–, jugaban los juegos que María Blanca le había enseñado cuando era chica. El hilo pasaba de las manos de María Blanca de vuelta a las de Ariadna y después otra vez a las de María Blanca,

y formaba dibujos, cambiaba y siempre era el mismo: la cuna, el catre, la estrella, las vías del ferrocarril, y otra vez la estrella, el catre, la cuna... Esos días, a veces, Ariadna iba por el barrio con un peinado nuevo, porque María Blanca había querido hacerle trenzas y enroscárselas formando cintas y moños en la cabeza.

Ariadna nunca supo por qué le pusieron el nombre que le pusieron. "¡Qué nombre raro que tenés!", le dicen todos cuando la conocen.

No es que Ariadna sea el personaje principal de esta historia, pero resulta que es mi personaje favorito, por eso la presento primero.

Después de Ariadna, me parece que mi favorito es Hugo.

Hugo Berenstein vivía, y sigue viviendo, en la calle Vallegrande, a la vuelta de la casa de Ariadna. Según aseguran muchos, lo de la excavación fue idea suya.

Hugo fue uno de los vecinos que más me llamaron la atención cuando tomé la costumbre de cruzar la vía y pasearme por el otro lado del barrio. (En cuanto fundé *La Gaceta* –el primer número salió poco antes de que estallara la historia–, noté que necesitaba con urgencia un corresponsal para cubrir los acontecimientos del lado de allá del terraplén del tren, y de inmediato me nombré a mí mismo).

Hugo usaba unos pulóveres muy largos. Tenía uno, de color rojo, que le llegaba casi a las rodillas (aunque tal vez, ahora que lo pienso, eso no se debiese a que el pulóver fuera tan largo sino a que Hugo era petiso y las rodillas no estaban tan lejos de los hombros al fin de cuentas). Tenía el pelo muy negro, largo hasta los hombros, y siempre, hasta en verano, una bufanda enroscada al cuello. Caminaba con las manos en los bolsillos y miraba por entre los mechones largos y lacios como

quien mira por entre rejas. Casi siempre parecía enojado Hugo, y hablar, hablaba muy poco (jamás pude sacarle una palabra, una sola, que me ayudase a reconstruir esta historia).

Leonardo Berenstein, el padre de Hugo (Hugo lo llamaba Viejo) es contador. Trabaja en Maxiglás, la fábrica de envases de vidrio, la que está por Cetrángolo, de paredes amarillas, y cuentan (pero a mí me parece una barbaridad) que sólo faltó dos veces a la oficina en veinte años. Tampoco él habla demasiado. Todo el mundo sabe que, en casa de Hugo, la que habla es Clara Berenstein (o sea –diría Hugo– la Vieja).

Clara Berenstein cambió tanto en estos últimos años que a uno le cuesta recordar cómo era en ese entonces. Todos dicen que se pasaba la vida preocupada por Hugo, que si comía, que si no comía, que si crecía, que si tenía frío, que si estaba abrigado, que si llegaba tarde... Doña Enriqueta, que vive enfrente de los Berenstein, siempre se acuerda con una risita de cuando Clara corría a la puerta para preguntarle a Hugo si llevaba puesto el pulóver. "Ponételo, Huguito", le gritaba, "por si refresca". Hugo metía las manos en los bolsillos, apretaba los dientes y apuraba el paso. "Se hacía el que ya se había ido", dice doña Enriqueta, y se ríe.

El Batata Tomasini, no sé por qué, me daba un poco de risa.

Al Batata Tomasini no hay quien no lo conozca hoy en Buenos Aires, pero para ese tiempo solo lo conocíamos nosotros, los del barrio.

Al Batata lo llamaban "Batata" por la nariz. En primer año, cuando le decían "Batata" él se ponía furioso y se agarraba a las piñas con cualquiera en el recreo. Pero

después se había ido acostumbrando. Ahora –ya vieron– cuando le preguntan cómo se llama, él dice que se llama Batata Tomasini, y creo que ni siquiera se acuerda de Emilio, que fue su primer nombre.

El Batata es alto, muy alto, y a los quince tenía la cara llena de granos. Lo que más le gustaba en el mundo era la música, tocar la guitarra, poner casetes, ir a un recital cuando podía, todo eso.

El Batata y Hugo eran amigos desde siempre. Nadie entendía bien por qué porque parecían muy distintos ("Aceite y vinagre", decía la abuela Hernández, "hacen buena la ensalada"). A veces se pasaban horas y horas hablando vaya uno a saber de qué cosas, o nada más sentados en silencio.

Para la época de nuestra historia, Antonio Tomasini, el padre del Batata, trabajaba en la ferretería del padre de Rosita, de Jaramillo. Después pasaron cosas de esas que no se perdonan y se fue dando un portazo, pero eso fue después, claro. Tomasini atendía a los clientes y el señor Jaramillo se ocupaba de la caja. Tomasini usaba un guardapolvo gris; el señor Jaramillo, en cambio, no usaba guardapolvo: usaba camisa sin corbata y un chaleco de lana a cuadros. El Batata se daba cuenta de que al viejo no le gustaba nada el trabajo porque, en cuanto llegaba a la casa, tiraba el guardapolvo gris en un rincón y buscaba el violín. Había aprendido solo a tocar el violín, y lo tocaba bien, al Batata le gustaba.

Analía Russo de Tomasini, la mujer de Antonio, no es la madre del Batata, es la madrastra. No se podría decir que Analía y el Batata se llevaran mal, pero tal vez decir que se llevaban bien sería un poco exagerado. En realidad, Analía estaba siempre demasiado ocupada con la casa y con las mellizas para llevarse con nadie. Para el Batata, las hermanitas, las mellizas, eran lo

mejor de todo: las llevaba a caballito en los hombros y galopaba por la casa, y Analía le gritaba que tuviese cuidado, que se le podían caer.

La Tere y Rosita Jaramillo siempre fueron carne y uña. Habían sido carne y uña en la escuela primaria, y para cuando empezó esta historia, seguían siendo muy amigas y se pasaban la vida con las caras juntas, rozándose casi y pasándose secretos. Por eso pienso que ha de haber sido terrible para ellas tener que separarse.

La Tere es flaquita como un fósforo y, además, tiene el pelo colorado. Son cinco hermanos los Díaz, y ella es la más chica.

Julio Díaz, el padre de la Tere –todos lo llamamos Chacho– tiene un taller mecánico. Del Chacho Díaz puedo decir dos cosas: que es un genio con los motores y que siempre se está riendo (todos dicen que es el tipo más simpático del barrio). La Tere es su favorita. Cuando era más chica, la llevaba con él al taller y le enseñaba cosas de motores. La Tere siempre supo mucho de mecánica, de bujías, de engranajes. A los diez años era capaz de cambiarle el aceite a un motor, de emparchar un neumático. También desarmaba una radio o arreglaba un enchufe... Todo eso le vino muy bien cuando tuvieron que construir las máquinas infernales y el Mamotreto Concuernos, pero eso fue mucho más adelante.

A la madre de la Tere, a María Cecilia Rípoli de Díaz, le parecía terrible que una chica anduviera toda llena de grasa, y, cuando la Tere cumplió los doce, no la dejó seguir yendo al taller mecánico. A la Tere le dio tanta bronca que tiró a la basura las hebillas en forma de mariposa que le había regalado la madre para

el cumpleaños. Cuando la Tere hacía esas cosas, las tías que vivían en Cetrángolo decían que era una chica un poco rara. La madre de la Tere estaba muy orgullosa del pelo de su hija, tan espeso, tan colorado, tan lleno de rulos y de vueltas.

Rosita Jaramillo, en cambio, es más bien rubia y tiene la cara redonda. Cuando está agitada se pone rosada, y entonces tiene nombre y cara de ramo.

El padre de Rosita, Bautista Jaramillo, es el ferretero de la esquina. Siempre fue rico. A Rosita y a Nancy, su hermana, no les faltaba de nada: tenían mucha ropa, zapatos, pulseras y un dormitorio todo decorado en rosa y blanco. Nancy, que era cinco años mayor que Rosita, estudiaba en un colegio inglés. Rosita, no. Jaramillo opinaba que Rosita era un poco lenta, que la cabeza no le daba para un colegio exigente como ese; por eso iba al colegio del barrio.

La madre de Rosita era muy tímida, se parecía mucho más a Rosita que a su hija Nancy. No sé cómo se llama. Todos le decían Mimi y hablaban de ella como si le tuvieran un poco de pena. Cuando Jaramillo y Nancy no veían, Rosita y Mimi hacían tortas fritas (a Jaramillo y a Nancy les parecía que el olor a tortas fritas no iba bien con un dormitorio todo decorado de rosa y blanco). En las tardecitas de verano, cuando Jaramillo y Nancy no veían, Rosita y Mimi baldeaban el patio descalzas.

Un día recogieron un gato que andaba maullando en el terraplén del tren. Le pusieron nombre: Aniceto, y lo escondieron en el patio. Pero Jaramillo oyó los maullidos y las obligó a volver a ponerlo en el terraplén (Jaramillo opinaba que a los gatos lo que más les gusta es afilarse las uñas en los muebles pintados de rosa y blanco). Desde ese día Mimi Jaramillo iba todos

los mediodías hasta la vía y dejaba un papel de diario con hígado bien cortado. A veces Aniceto se acercaba a comer mientras ella lo acariciaba. Otras veces tenía que dejar el papel con hígado y volver a su casa porque ese gato ya no era su gato, se había vuelto gato vagabundo y siempre andaba vagando por el mundo.

Cuando Rosita la veía ir a su mamá, con el papel de diario, sentía pena. Cuando lo veía a su papá volver de la ferretería y tirar el manojo de llaves sobre el aparador, con tanta fuerza que la frutera de loza se tambaleaba, sentía miedo... y últimamente también un poco de rabia.

Pero, atención, esta historia no podría haber sido lo que fue de no haber estado la Patota

Tengo que hablar de la Patota porque, si no, nadie entendería nada. Si hablo de Ariadna, de Hugo, del Batata, de la Tere y de Rosita, tengo que hablar de la Patota. Ni la primera baldosa, me parece a mí, ni Otroso, por supuesto, ni las máquinas infernales ni el Mamotreto Concuernos podrían haber sido lo que fueron de no ser por la Patota.

Para la época en que empezó esta historia la Patota se había hecho fuerte en Florida. Mi primer editorial en *La Gaceta* (sí, soy cronista, corresponsal y editorialista) tenía por título, precisamente, "¿Qué pasa con la Patota?".

Al principio la Patota salía solo de noche, los viernes a veces y los sábados casi siempre. Pero últimamente se la veía por las tardes, a la hora de la siesta. Dejaba señales: rugidos de motocicletas, carcajadas ásperas, brillo de charoles, taconeo de botas, cintas de cuero, a veces un casco... Poca cosa.

Lo que se veía, más bien, eran las consecuencias de su paso, los rasguños, los moretones.

Una noche la Patota lo había agarrado al Batata, que volvía de una fiesta con la guitarra (en mi editorial yo mencionaba el caso).

Lo habían empujado contra el cerco de ligustrina de la casa de doña Enriqueta, le habían escupido la nariz batata, le habían pateado el sexo y después, mientras él se doblaba en dos y las lágrimas le brotaban como las gotas de un limón exprimido –ese, ese dolor había sido el más grande– le habían partido contra un árbol la guitarra. El Batata a los padres no les había dicho nada ("los Viejos nunca entienden"), pero se lo había dicho a Hugo. Se lo había dicho mirando para otro lado, porque le daba vergüenza.

Otra vez la Patota se metió con la Tere.

No era de noche esa vez. Era el sábado a la hora de la siesta. La acorralaron cuando iba para lo de Rosita, casi corriendo. Los vio en la esquina y se apuró, y los rulos y las cintas del pelo le golpeaban la espalda. La encerraron. La manosearon toda. Y, aunque ella pedía y gritaba y lloraba tanto que veía todo el barrio borroso, le cortaron el pelo colorado, el pelo colorado y espeso que le caía en cintas y redondeles, con la navaja. Cuando la Tere volvió a su casa llorando, la madre se puso a llorar con ella.

Para el primer número de *La Gaceta* me esmeré como nunca. Quería hacer una crónica completa, redonda. Pero me encontré con que de la Patota se sabía poco, casi nada. Se sabía que era parte del barrio, que estaba. "Es cierto", dice siempre Ariadna, "siempre se hablaba de lo que la Patota hacía, pero de la Patota, en realidad, no se hablaba". Dice también que el Batata y la Tere, que eran los que podían decir algo de la Patota porque la habían visto de cerca, porque habían mirado un pedazo de cara, una oreja, las manos, siempre que aparecía el tema se quedaban mudos atándose los cordones de las zapatillas o frotando una manchita del pantalón, que por mucho frotar nunca salía.

Sin embargo, la Patota estaba.

Ariadna piensa que, aunque ella y Hugo y Rosita y la Tere y el Batata habían andado siempre amuchados (siempre, desde la primaria; en la cocina de Ariadna se preparaban panchos con ketchup y mermelada –un invento de Hugo– y jugo de banana con mandarina –Ariadna, que siempre le ponía nombre a todo, lo llamaba banarina–), que aunque amuchados habían andado siempre, dice, lo que verdaderamente los unió fue la Patota.

El lugar de los acontecimientos o ¿Por qué en la casa de Ariadna?

Eso: ¿por qué en la casa de Ariadna? Ahora que lo pienso, la excavación podría haber comenzado en cualquier casa. En el galpón de los Berenstein, en el jardín del fondo de los Jaramillo, en el dormitorio del Batata, que, total, limpiaba él solo y nadie entraba nunca... Pero no habría sido igual. Ninguna casa era tan cómoda para trabajar como la de Ariadna. Por eso siempre se reunían en la cocina. María Blanca, que no salía de su casa sino para ir al Pirovano, los miraba hacer, o no los miraba, pero jamás les daba consejos o recomendaciones. María Blanca estaba loca, por eso todos la dejaron participar del gran proyecto y hasta, a veces, le pedían que les sostuviese alguna herramienta. Ella se sonreía y se quedaba con la pala en la mano. O la tiraba al suelo y se iba cantando "Estaba la paloma blanca", que era su canción preferida los días en que estaba contenta.

El padre de Ariadna no estaba durante todo el día y, cuando volvía, a la noche, dejaba su portafolios reventón en el piso de la cocina y no miraba nada. Nada más que el televisor, mientras comía. Los días en que volvía de buen humor le hacía pulseritas de colores a María Blanca y le pedía que le cantase. Después preguntaba si habían ido a ver al doctor Benítez al

Pirovano –lo preguntaba siempre, todos los días, aunque iban una vez al mes y a veces menos–, y se iba a dormir. Al otro día volvía a salir, tan temprano que no tenía tiempo más que para tomar unos mates y comerse dos criollitas. Jamás miraba la casa, jamás se sentía sorprendido por nada. Por eso no se dio cuenta. Porque, si hubiese mirado con un poco de atención, habría visto que muchas juntas de las baldosas de la cocina ya no estaban rellenas de masilla blanca. Si hubiese prestado atención al ruido de sus pasos, habría notado que no sonaban igual junto a la puerta que junto a la mesa de madera donde comía. Pero lo cierto es que no miró y no escuchó. Por eso esta historia pudo ser lo que fue y no fue otra historia.

Con respecto a cómo fue que empezó todo, hay muchas versiones. Según algunos –eso al menos afirman los vecinos de Vallegrande–, la idea de todo fue de Hugo Berenstein. Pero los vecinos de Alsina dicen que los de Vallegrande hablan así porque Hugo es de la cuadra y quieren convertirlo en el héroe de esta historia. Según ellos, la idea fue del Batata, que vive en Alsina, o al menos de todos y no de uno en particular. Los vecinos de Agustín Álvarez no abren juicio: según ellos lo mismo da, lo importante es que todo sucedió en la casa de Ariadna, que, como se imaginarán, queda en Agustín Álvarez. Pero yo, que también vivo en Florida pero del otro lado de la vía –y eso me da alguna perspectiva–, pienso que lo más probable es que la idea haya partido de Hugo. Hugo siempre fue un tipo de grandes decisiones. Reconcentrado, pensador. Una idea como esa, tan grande, tan loca, tan inmensa, tuvo que haber salido de alguien que habla poco y piensa mucho. Me inclino a pensar que fue Hugo el que sugirió la idea de construir un otro mundo.

Bueno, otro mundo es un decir, pero es el mejor decir. Era otro mundo, otro lugar, con otras reglas de juego. Y supongo que a todos se les dio por imaginar que la cocina de Ariadna era el mejor sitio para construirlo.

Ariadna, que sabía bien que cuando uno quiere construir algo nuevo necesita enseguida una palabra, propuso que al otro mundo lo llamaran Otroso.

Los comienzos del mundo nuevo: la primera baldosa

Ahora que estoy por relatar la prehistoria de Otroso me doy cuenta de que no tengo información suficiente para que mi crónica sea completa. Esta etapa fue una etapa totalmente privada y estoy convencido de que ni siquiera Ramiro Tessani –que pretende saberlo todo– tiene ningún documento confiable de esa época. Me apoyo en el relato de Ariadna, en algunas cosas que me dijo como al pasar el Batata el año pasado, a la salida de un recital, pequeñas hebras que se me escurren entre los dedos. Supongo que no voy a tener más remedio que imaginar las cosas, como dicen que hacen los novelistas.

Algunas cosas sí sé con certeza: por ejemplo, que quedó bien claro desde el comienzo que Otroso tenía que ser un mundo secreto. Si el barrio se enteraba de la existencia de Otroso, enseguida Otroso se habría convertido en parte del barrio de Florida y, por lo tanto, en Florida, y habría dejado de ser otro mundo para ser este mundo, el que ya conocían, el de los Viejos y la Patota.

En eso de que el otro mundo se llamase Otroso y en que fuese, por obligación, secreto estuvieron todos de acuerdo.

Empezaron a hacer planes, supongo. Uno no puede construir otro mundo de la noche a la mañana, sin pensar, sin imaginar. Por eso tuvieron que ser muchas las tardes en que, entre salchichas con ketchup y mermelada y banarina (o banadía, que era la mezcla de banana y sandía para las tardes del verano) discutieron cómo, cuándo, por qué, con qué, para qué y quiénes.

Había que conseguir herramientas. De eso podía ocuparse Rosita Jaramillo: en la ferretería del padre había de todo, y nadie iba a notar si faltaban por unos días una pala, un pico, un cortafierros, un buril, una maza, un martillo.

Para construir Otroso había que hacer lugar y, para hacer lugar, no había otro modo que demoler el piso. Debajo de la cocina de Ariadna, mucho más abajo de las baldosas rosadas con pintas blancas y grises, iba a empezar otro mundo.

Les llevó muchísimo tiempo despegar prolijamente la pastina, ir abriendo una grieta y luego otra y otra hasta encontrar el espacio donde insertar un milímetro el filo del cuchillo y después un milímetro más, y otro más, buscando a ciegas el revés de la baldosa, como tratando de convencerla de que se separase, después de tantos años, del cemento. Y todo con cuidado, con mucho cuidado de no romper, porque todo en la cocina de Ariadna tenía que ser como siempre, mientras debajo se construía Otroso.

Hubo un momento –ya eran casi las siete de la tarde y habían estado trabajando en esa baldosa desde las tres– en que estuvieron a punto de abandonar la empresa. La baldosa parecía pegada a muerte en el suelo. El buril no entraba, y el cuchillo tan mellado estaba que parecía incapaz de seguir cortando cemento.

Era imposible hacer palanca: la baldosa se habría quebrado irremediablemente al medio.

El Batata se había sentado en un rincón de la cocina con su armónica (desde que la Patota le había roto la guitarra andaba siempre con la armónica puesta) y la hacía sonar suavecito, siempre con la misma nota. Rosa Jaramillo se miraba las manos: las uñas llenas de pastina le daban un poco de pena. Hugo se enroscaba y se desenroscaba la bufanda del cuello. Ariadna había empezado a preparar la comida y María Blanca canturreaba "Mambrú se fue a la guerra", que era la canción de cuando estaba triste.

Solo la Tere seguía atendiendo la baldosa, revisando con cuidado la mejor grieta para empezar. Todos se daban cuenta de que bastaba con empezar, solo empezar, y el día estaba ganado. Pero si no empezaban, si ni siquiera la primera baldosa les abría el camino a Otroso, entonces Otroso se iba a empezar a disolver en el aire como un sueño.

—¡Ya está! ¡Ya la tengo! —gritó la Tere y, con el cuidado de un cirujano, tanteó con el cuchillo la grieta más profunda y metió el buril.

Lo clavó apenas con la maza, hizo palanca y con un largo y sonoro crac se despegó entera, suavemente, la baldosa. Debajo estaba el cemento blanco, rugoso, pero ahora todo era posible. Se despidieron apurados. Otroso tenía ya algunos milímetros de existencia. Al día siguiente, al otro, al otro día más, volverían a reunirse y a cavar.

El largo camino hacia abajo

Las otras tres baldosas salieron casi enseguida y ahí quedó señalado el cuadro de cemento: la entrada a Otroso, el otro mundo.

Una semana trabajaron con el cortafierros, con el buril y con la maza, abriéndose paso en la capa de cemento. Al séptimo día llegaron a la tierra. Estaba húmeda, fría. Había llegado el tiempo del pico y de la pala. Un bicho bolita trepó hasta los bordes de cemento y se alejó rápidamente por las baldosas rumbo al patio.

—Bueno —dijo Hugo, y fue lo primero que dijo en una semana—. Ahora sí. Ahora hay que empezar a cavar.

Ariadna se sonrió y se sacudió el pelo, que estaba lleno de polvo de cemento.

El polvo de cemento llenaba por completo el aire de la cocina, que parecía medio demolida, con montoncitos de escombro, herramientas tiradas y unos listones de madera con los que pensaban construir la puerta trampa que iba a sostener en su lugar al piso.

Era un momento para el ingenio. Por eso, como con el asunto de la baldosa, fue la Tere la capitana de la puerta. Nadie entendía cómo podía ser tan hábil. Clavó los listones para formar un marco, que apoyó y después

pegó con poximix sobre el borde de cemento. Con los otros listones armó una puerta cuadrada, bien hecha, prolija, y muy reforzada con tablas que la cruzaban en todos sentidos por abajo, y la fijó al marco con bisagras. Y, encima de la trampa, bien pegadas, las cuatro baldosas, para que todo estuviese como antes.

La Tere no quería saber nada con dejar las cosas a medio hacer.

—Otroso tiene que empezar bien. La puerta de Otroso tiene que ser una buena puerta —decía.

—La Tere tiene razón —apoyaba Ariadna, y la ayudaba a lijar los listones para que no los lastimasen con las astillas.

Hugo, en cambio, casi no podía esperar. Para él Otroso siempre estaba mucho más allá, más lejos. Otroso estaba lleno de grandes cosas, de planes complicados, de vericuetos. Le parecía una tontería estar esperando a que lijaran una puerta. Otroso no tenía ni siquiera cincuenta centímetros todavía, ¡había tanto que hacer!

El Batata siempre reconoce que él no era de gran ayuda en las tareas manuales. Se aburría de cavar, nunca sabía usar las herramientas como corresponde, pero apuesto a que tocaba la armónica tan lindo, tan lindo, que Otroso iba creciendo sonoro, melodioso, cantarín.

Uno de los primeros problemas realmente graves fue el de decidir qué hacer con lo que iban sacando de debajo de la tierra en el camino hacia Otroso. En la pieza de Ariadna ya había dos bolsas grandes de escombro y cinco bolsas de tierra, además de las herramientas escondidas debajo de la cama.

—Ya me estoy dando cuenta de que, para construir otro mundo, lo más difícil es hacer sitio y deshacerse de lo que sobra —ha de haber dicho alguno de ellos cuando la bolsa número seis quedó colmada.

—Podríamos llevar la tierra al terraplén del tren. Nadie se daría cuenta de que hay un poco más de tierra.

—Sí, pero, ¿cómo? Y cuándo, además. ¿No te das cuenta de que, si nos ven, Otroso se nos derrumba, se termina, desaparece?

—Y bueno, che, yo no veo otra. Ariadna no tiene jardín. No vamos a meter toda esta tierra en las macetas del patio, ¿no?

—Tampoco la podemos tirar por el inodoro. Mirá si se tapa y tiene que venir don Félix a destapar y todo el barrio se entera.

—Y bueno, lo que digo yo: no hay otra que el terraplén del tren. Es lo mejor.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Vamos a llevarla en carretilla? ¡Claro! Como aquí todos son boludos, nadie se da cuenta y nadie pregunta nada. ¡Salí, huevón! Te digo que no se puede.

—Sí que se puede —dijo Ariadna—. A ver, hoy, por ejemplo, ¿cuánta tierra sacamos?

—Y, qué sé yo... Una bolsa, una bolsa y media.

—Y bueno, nosotros somos cinco. ¿No podemos ir llevándonos la bolsa y media de a poco y tirarla donde podamos... sin que nadie se dé cuenta, claro. Aunque nos lleve dos o tres días.

Como poder, podían. Y fue así como de a poco, a pie o en bicicleta, envuelta en papel de diario o en una bolsa de plástico, escondida debajo de la campera o en los bolsillos, los constructores de Otroso fueron derramando por Florida la tierra que salía de debajo de la cocina de Ariadna.

Según ellos, nadie se dio cuenta de nada. Según otros, sí que se daban cuenta. Don Roque, por ejemplo, el de la fábrica de pastas, asegura que él algo sospechó el día en que la vio a Rosita Jaramillo

volcando una bolsita de tierra en el terraplén del tren, mientras simulaba llevarle hígado a Aniceto. Pero no sé si lo de don Roque será del todo cierto. Desde que la historia de Otroso se volvió tan famosa, en Florida todos dicen saber más de lo que saben y haber visto más de lo que vieron.

Lo cierto es que, poco a poco y medio como al descuido, fueron vaciando setenta y dos bolsas de tierra, a veces negra y húmeda, pringosa, y otras roja y más seca, o amarilla y blanda, setenta y dos bolsas de las grandes, una por cada uno de los días que llevó la excavación hacia abajo.

Después, cuando comenzaron la construcción de la Gran Galería, seguía saliendo tierra, pero era más fácil evacuarla. Apenas si juntaban media bolsa por día porque la Gran Galería llevaba muchísimo más trabajo y mientras unos cavaban otros tenían que poner vigas de sostén y apisonar paredes, y colocar iluminación provisoria.

La Gran Galería fue solo la entrada, el vestíbulo de Otroso, pero el día en que la dieron por terminada y Ariadna trajo de su pieza el farolito de colores para adornarla, todos sintieron que Otroso ya existía.

A Rosita se le ocurrió la idea de bajar en una canasta las salchichas con ketchup y mermelada, la jarra de banarina, rosada y espesa, y una pava con dos mates, el mate dulce para la Tere y el Batata, el mate amargo para Hugo y Ariadna.

Ha de haber sido un pic-nic extraño, sin sol alguno. Tres bombitas colgaban en sus portalámparas del techo, las tres en fila, como las bombitas de las guirnaldas de los corsos de antes. Y en la punta, en la entrada misma de Otroso, el farolito de colores titilaba y titilaba. Y nadie –ni siquiera la Tere, que de electricidad, como de tantas otras cosas, sabía un poco– podía explicarse

por qué el farolito en la pieza de Ariadna no alumbraba y en Otroso, en cambio, titilaba.

Las paredes de tierra húmeda se iban secando de a poco. Eran ásperas y estaban llenas de sombras.

Se sentaron en ronda en el suelo. Se sentían grandes y hasta un poco solemnes, diferentes. Rosita fue llenando los vasos con el jugo rosado de la banarina y Ariadna repartió los panchos. Comieron despacio, mirándose, mirando las paredes nuevas en las que bailaban las siluetas de sus propios cuerpos.

—Voy a cebar mate —dijo Ariadna—. Hace frío.

—Hace frío, sí. Tomá mi bufanda.

Ariadna se envolvió en la bufanda de Hugo. Era ancha y larguísima y se la enroscó con varias vueltas alrededor del cuello y hasta alcanzó para cubrirle un poco la espalda. De la lana que se apretaba contra la nariz brotaba seguramente, nítido, un poco ácido, inconfundible, el olor de Hugo.

Por encima de la bufanda roja caían los larguísimos pelos de Ariadna. Por la punta asomaban los ojos oscuros. Todos se rieron. Ariadna estaba rarísima, parecía una diosa antigua (eso dijo Hugo) o una astronauta (eso dijo el Batata). Y también se reían porque por fin la bufanda de Hugo les hacía falta.

—Ahora tenemos que hacer el juramento —dijo Hugo, que sin bufanda tenía un cogote fino y largo y una nuez afilada y vistosa que se movía hacia arriba y abajo.

—¿Con sangre o sin sangre? —preguntó el Batata con una risa fantasiosa.

—Dale, che, ¿te creés que es una de Rambo?

Pero igual, como en las películas, como en las novelas, pusieron todas las manos juntas, las izquierdas y

las derechas, las tibias y las frías, las fuertes y las frágiles, las de uñas comidas, las de anillitos de colores, toditas todas. Era agradable tocarse.

—Este es Otroso, y vamos a defenderlo.

—Este es Otroso, y vamos a quererlo.

—Este es Otroso, y es secreto.

—Este es Otroso, y es nuestro invento.

—Este es Otroso, para entrar y salir muchas veces.

Las manos se sintieron unas a otras, las izquierdas tocaron a las derechas, las tibias a las frías, las frágiles a las fuertes, las de uñas comidas a las de anillitos de colores. Y después se separaron, aunque supongo que algunas no querían del todo separarse.

—Bueno —dijo Hugo poniéndose de pie—. Hay que seguir cavando.

Corredores enredados, canales de emergencia y un episodio completo (para que no se quejen los que leen la historia)

Desde la Gran Galería se fueron abriendo, poco a poco, los corredores enredados y luego los canales de emergencia.

Debo aclarar que, para reconstruir la crónica de la construcción de Otroso, me baso en parte en el relato de Ariadna (muy desordenado, por cierto, a veces confuso) y en el trozo de mapa que está en poder de doña Enriqueta (con Ramiro Tessani, que dicen que conserva uno entero –que seguramente va a publicar en su tan anunciada *Crónica objetiva de sucesos subterráneos*–, saben todos que no me trato; siempre dije que me resultaba sospechoso que estuviese tan bien informado). En el trozo que doña Enriqueta guarda como un tesoro se ve parte de la Gran Galería, el primer tramo de los corredores Número Uno y Número Cuatro y parte del Canal del Terraplén, pero basta para hacerse una idea.

Es evidente que los corredores enredados y los canales de emergencia eran estrechos y largos, pero sinuosos. Se curvaban de pronto hacia un lado o hacia el otro, subían en largas lomadas y, de pronto, cuando uno menos se lo esperaba, bajaban de sopetón hacia lo hondo.

Y es que, en la excavación, seguían las vetas de tierra blanda, la que se despegaba fácilmente con un solo golpe de pico y, a veces, hasta se iba desmoronando sola. De ese modo, en las paredes y en el techo quedaban las zonas de tierra dura y firme, la pura arcilla, y disminuía el peligro de los derrumbes.

El proyecto que tenían, el que Hugo dibujaba y volvía a dibujar en los pliegos de papel madera que Rosita conseguía en la ferretería, era el de un Otroso que creciese como crecen los dedos, por debajo del barrio, de Florida, y que desembocase en cada una de las casas de cada uno de ellos (en el caso de los corredores enredados) y tal vez en uno o dos sitios más o menos neutrales y muy ocultos a manera de salidas alternativas (los canales de emergencia).

Era un plan ambicioso pero no irrealizable. El hecho de que cuatro de ellos vivieran en la misma manzana y el quinto solo unos metros más allá, del otro lado de la calle, facilitaba mucho las cosas. Además, todos estaban convencidos de que era necesario: solo así estarían seguros, secretos y a salvo de la Patota. Porque hay que reconocer que, aunque la Patota estaba lejos, tan lejos de Otroso, siempre estuvo presente, a su manera, y casi no había día en que no hablaran de ella.

Acerca de cómo excavar, de cómo apuntalar, de cómo avanzar y sobrevivir en lo hondo, fueron aprendiendo un poco en *La apasionante vida en las minas* (un libro que Hugo había encontrado en su casa y que, por lo viejo, tuvo que haber sido de los que leía Leonardo Berenstein cuando tenía, como él, quince) y otro poco ensayando, tropezando y discutiendo.

Solían cavar de a dos y avanzaban lenta, lentamente. La Tere había fijado unas pocas reglas de seguridad y todos las respetaban: había que tener siempre

algún compañero a la vista, había que avanzar poco a poco, clavando el pico y luego retirando la tierra hasta el centro de la Gran Galería (Rosita había traído una carretilla vieja del depósito de la ferretería), donde iba creciendo todos los días la montaña que había que descargar luego por el barrio, y, sobre todo, había que ir apuntalando los techos.

Para eso habían conseguido cientos de cañas de esas que crecen enloquecidamente junto a las vías del tren, muy cerca de la estación, no sé si las habrán visto (claro que hay que admitir que, después de Otroso, ya no hay tantas como antes). Apuntalar, decía la Tere, es lo más importante.

Al cavar se iban formando túneles casi cilíndricos, en los que el techo se curvaba en bóveda sobre las paredes y el suelo también se iba volviendo pared a los lados. Las cañas resultaban excelentes porque se arqueaban mansamente formando una cáscara dura sobre la tierra. De tanto en tanto, columnas hechas con gruesos haces de las mejores cañas hacían de puntales.

Se puede decir que eran prudentes.

Y, sin embargo, un día, cuando ya estaban a punto de terminar el Corredor Número Tres (el que iba desde la Gran Galería hasta el jardín del fondo de los Jaramillo) sucedió lo que todos estaban siempre temiendo que sucediese.

La Tere, Rosita y Ariadna trabajaban en el apuntalamiento del corredor nuevo y fijaban las cañas contra las paredes y la bóveda del techo. Y Hugo, mientras tanto, recorría el nuevo espacio de arriba abajo mientras borraba y volvía a escribir en el gran mapa de papel madera, donde registraba cuidadosamente todas las novedades de Otroso –su geografía total– y dibujaba cartelitos con los nombres (porque Ariadna insistía en

que en Otroso todo tenía que tener nombre, hasta las curvas de los corredores y las lomitas que se alzaban apenas del suelo). El Batata, entretanto, cavaba con mucha energía en una veta de tierra tibia, blandísima, casi arena parecía, lo que tres semanas después sería el Corredor Número Cuatro, cuando se oyó en todo Otroso un ruido sordo y profundo, tembloroso, que se repitió en eco por todos los pasillos.

Corrieron hacia la Gran Galería. Faltaba el Batata.

Lo buscaron en los corredores. El Número Uno y el Número Dos, ya bien apuntalados desde hacía más de un mes, estaban vacíos y silenciosos, y cuando los iluminaron con las linternas sólo vieron filas de cañas quietas y prolijas contra las paredes y el techo.

Pero a dos metros del Corredor Número Dos un amontonamiento de tierra blanda les hizo pensar que tal vez el Batata había comenzado por su cuenta con la excavación del Corredor Número Cuatro, sin respetar las reglas de seguridad. Era un derrumbe fresco y todavía caía un poco de tierra, en lluvia o en terrones.

—¡Batata! ¿Dónde estás, Batata? ¡Batatal ¡Sos un pelotudo, Batata! —gritaba Hugo, tirándose al suelo y empezando a arañar con las manos la lomada de tierra.

Ariadna se puso de rodillas a su lado y lo ayudó a cavar.

—¿A cuántos metros podrá estar? —preguntó, mirándola a la Tere.

Rosita tenía los ojos llorosos y se retorcía las manos.

—Y... ¡qué sé yo! Dos, tres metros... En una de esas cuatro, si había avanzado mucho.

—¡Batata! ¡Me oís! —volvió a gritar Hugo, y con el grito cayeron algunos terrones más de tierra.

—Mientras ustedes cavan voy a apuntalar el techo —dijo la Tere—; si hay otro derrumbe, nos entierra a todos.

Ariadna seguía cavando, sin hablar, sin parar, arrodillada, avanzando.

Hugo se puso de pie con un salto brusco. Agarró el pico.

—¡No, Hugo, no! —dijo Ariadna, y le tocó el brazo con la mano áspera de tierra—. Lo podemos lastimar.

La Tere plantó dos o tres cañas más entre el piso y el techo y se tiró al suelo a cavar con ellos. Rosita se acercó y también ella se puso a cavar.

Cavaron los cuatro, amontonados, tocándose, entorpeciéndose. Hasta que la mano de Ariadna tropezó con algo, una rodilla, un codo, la cabeza… ¡Un codo! Un codo era.

—¡Acá está! ¡Acá está!

—¡Vamos! ¡Vamos todos! —gritó Hugo.

Cavaron como desesperados, como perros, tirando hacia atrás con las manos puñados y más puñados de tierra.

Cuando encontraron el brazo del Batata, Hugo tiró de él con fuerza. Mientras tanto Rosita, Ariadna y la Tere despejaban la tierra de alrededor de los hombros, el cuello, la cabeza.

Tenía los ojos cerrados y la cara negra como una zanja, y así, con medio cuerpo emergiendo de entre la tierra, debió parecer una estatua a medio hacer (o al menos es lo que yo siempre imagino).

—¡Batata! ¡Batata! —gritaba Hugo golpeándole las mejillas—. ¡Batata! —rugía.

"Dos, tres, cinco, siete minutos bajo la tierra, ¿son muchos? ¿son demasiados? ¿Cómo se asfixia la

gente?", me preguntó Ariadna cuando me estaba contando, "¿cómo se sabe si el vivo está muerto, si el muerto está vivo?".

La sospecha de que el Batata podía estar muerto, ahogado bajo un montón de Otroso, ha de haberles corrido por las caras como aceite frío. Tuvo que ponerlos duros, húmedos de miedo, quebrados.

Le sacaron lo mejor que pudieron el barro que le tapaba los agujeros de la nariz y de la boca, los ojos, las orejas. "Podrían haberle hecho respiración artificial", le dije a Ariadna el día en que me contó el capítulo del derrumbe –uno de los pocos que me contó de un tirón, del principio al final–. "Sí, tal vez", me dijo ella. "Todos habíamos visto películas, pero, ¿quién sabe cómo se hace eso?".

Esperaron dos, tres, cuatro segundos, un millón de siglos. "¿Sin hacer nada?", le pregunté. "Bueno, sin hacer nada, no: mirándolo y pasándole la mano por la cara". Y yo, como seguía con la imagen de la estatua a medio hacer, pensé: "Como si lo hubiesen estado modelando".

Fue Hugo el que gritó:

—¡Se mueve! ¡Se está moviendo!

Lo que empezaba a moverse era la nariz del Batata, su gran nariz batata. Se le abrían grandes agujeros, temblaba. De pronto un enorme, un maravilloso estornudo resonó en todo Otroso e hizo volar pedacitos de tierra por el aire como si fueran papel picado.

—¡Pelotudo! ¡Sos un pelotudo! —gritaba Hugo mientras lo abrazaba y se reía con una especie de sollozo—. ¡Mil veces pelotudo! ¿No te dijimos que había que apuntalar antes de seguir adelante?

—Me parece que nos hace falta un mate —dijo Ariadna, y subió a la cocina.

—¡Mate dulce! —gritó la Tere.

—¡Mate amargo! —gritó Hugo.

El Batata estaba sentado, con la cara negra de tierra y, cada tanto, abría la boca y estornudaba terroncitos.

De pronto se arrodilló y empezó a cavar con furia en el sitio donde todavía se amontonaba la tierra blanda del derrumbe.

—¡Pará, fanático! —le gritó Hugo—. Por hoy basta.

—¡La armónica, che! Yo estaba tocando la armónica mientras cavaba...

Los primeros tiempos: fabricación de costumbres

Lo cierto es que Otroso fue creciendo. A veces me pregunto cómo habrá podido ser, cómo pudo ser que nadie sospechase de las descargas de bolsas de tierra, de las pilas de cañas acarreadas desde la vía, de las largas ausencias, cuando estaban y no estaban en Florida porque vivían debajo. Es difícil de imaginar porque Otroso nació en el verano, en las vacaciones, en una de esas tardes de enero en que hace tanto calor y las chicharras insisten tanto y las baldosas están tan calientes que el tiempo parece detenerse, como si el barrio aguantara la respiración hasta la noche. Pero la excavación continuó al mes siguiente y al otro y al otro, y, para cuando dieron por terminada la primera geografía de Otroso (con la Gran Galería, los cuatro corredores enredados y los primeros canales de emergencia), ya hacía rato que habían comenzado las clases, estaban en mayo y tenían que reducir las visitas a dos o tres horas por la tarde. Todos sabían, además, que había llegado el otoño porque en la jarra de vidrio no había jugo rosado de banadía sino jugo rosado de banarina y porque nunca faltaba el mate.

Después del día en que dieron por terminada la excavación siguió un tiempo bastante tranquilo. Cada

uno tenía su propia entrada a Otroso. Ariadna, como siempre, por la escalera marinera hecha de trozos de fierro clavados en el largo túnel inicial que bajaba desde la cocina, donde María Blanca se quedaba cantando "Se va, se va, la barca", que últimamente le gustaba más que "Estaba la paloma blanca". El Batata, desde su pieza, con una entrada que hubo que disimular adentro del placard y debajo de la patineta que se había fabricado dos años antes con un pedazo de terciada y que se le había rajado al medio cuando quiso saltar la rampa de la plaza. Hugo entraba por el galpón del fondo de su casa, porque Clara Berenstein era de las que limpian y frotan y friegan muchísimo y enseguida se habría dado cuenta. Rosita entraba por un rincón del jardín de atrás de su casa, debajo de una planta de hojas enormes; como en su casa la encargada de regar era ella, resultaba muy difícil que le descubrieran el escondite. La Tere entraba por el taller mecánico del padre, desde una especie de cochera con piso de tierra y techo de chapa, junto al rincón donde había desde hacía casi doce años un Dodge del año '47, medio desmantelado, en el que a la Tere le encantaba jugar cuando era chica.

Todos coinciden en decir que esa fue la época de oro de Otroso, la de los inventos y las costumbres. Porque Otroso dejó de ser extraño y empezó a tener sus costumbres. Había horas de reunión, maneras de hacer las cosas, cierto ritmo. Otroso se les fue volviendo cotidiano.

Los primeros en caer eran siempre Hugo y Ariadna (ellos tuvieron con Otroso un vínculo especial, más denso, me parece). Hugo se sentaba enseguida junto a la gran mesa que habían construido con tierra y cañas y después habían cubierto con un tablón de madera, que, por una vez, no venía de la ferretería de los Jaramillo

sino de la casa de Ariadna (Gervasio González lo había comprado hacía tiempo para hacerle un placard a la hija, pero después habían venido la locura y las tristezas y Ariadna había tenido que seguir colgando las perchas con la ropa de clavos en las paredes). Era una mesa estupenda, grande y cómoda. Hugo se instalaba en ella y desplegaba sus mapas.

Los mapas de Hugo son algo que vale la pena ver (es una pena que no se conserven sino el trozo de doña Enriqueta y el ejemplar de Tessani, que ya he dicho que no pienso ir a conocer ni siquiera por ayudar a reconstruir esta historia). Para esa época parece que Hugo ya había dibujado cuatro y estaba trabajando en el quinto. Cuando el mapa anterior se volvía confuso a fuerza de correcciones y cartelitos enmendados, empezaba con toda prolijidad a dibujar uno nuevo, donde se tenían en cuenta las innovaciones de Otroso y se iban perfeccionando las proporciones y la escala. El mapa en el que trabajaba en ese otoño Hugo estaba lleno de caminos sinuosos, dibujados en distintos colores, con referencias a los cambios de altura y prolijos carteles donde figuraba de dónde venían y adónde iban. Una onda de trazos celestes señalaba el paso de la corriente de aire que circulaba entre los dos canales de emergencia primarios: el del terraplén del tren y el del terreno baldío.

Sin embargo, a Hugo le encantaba volver a desplegar de tanto en tanto los primeros mapas, los más antiguos, que ahora le parecían torpes, pero, por eso mismo, más conmovedores, como si perteneciesen a la infancia de Otroso, más queribles, como esos mapas de los antiguos exploradores que iban registrando inocentemente las costas, cuando no había satélites que los fotografiaran, y ni siquiera aviones.

Cuando Ariadna bajaba con la canasta del mate si hacía frío y, si hacía calor, con una jarra de banarina, se lo encontraba a Hugo sentado con sus mapas, con esa mirada lejana que se le ponía en los ojos cuando soñaba con Otroso, que siempre, vaya uno a saber por qué, estaba un poco más allá, más lejos.

Ariadna estaba empeñada en hacer crecer plantas en Otroso. Ariadna tenía eso con las plantas, algo que la ataba a ellas, y en el patio diminuto de su casa hacía crecer malvones, azaleas, crisantemos, helechos y hasta un clavel del aire que daba flores rosadas. Para Ariadna, un Otroso sin plantas no se podía, no era.

—¿No ves que Otroso es oscuro, zonza? —le decía la Tere—. ¿De dónde vamos a sacar sol para tus plantas?

Pero Ariadna no se daba por vencida. Primero había acarreado las plantas ida y vuelta, de Florida a Otroso y de Otroso a Florida, para que viviesen un poco de sol y un poco de sombra, y después a un malvón, al más oscuro, al más manso, lo fue dejando algunos días en Otroso, para que se fuese acostumbrando, decía. Y le fabricó con una lámpara un sol de mentira, para él solo.

Cuando Ariadna llegaba a Otroso, con la canasta en el brazo y alguna plantita en la mano, Hugo levantaba los ojos del mapa y decía:

—Ahí llega Ariadna, la famosa criadora de plantas en lo oscuro.

Y le sonreía, porque a Hugo le gustaban las locuras de Ariadna. Como lo de los nombres raros. Y el juego del hilo (Ariadna le enseñaba a Hugo el juego del hilo redondo que cambia de forma y siempre es el mismo, y Hugo había aprendido a hacer las vías, la cuna, el catre, pero, cuando llegaba el momento de hacer la estrella, se le hacía una galleta y se arrancaba con rabia

el hilo de las manos, y Ariadna se sonreía y desenredaba despacito, con paciencia, como solo sabía desenredar Ariadna).

Las plantas que crecen en lo oscuro, los nombres raros y el juego del hilo (y las manos que jugaban con el hilo) eran cosas maravillosas de Ariadna, y por eso Hugo levantaba los ojos del mapa y le sonreía en bienvenida.

Ariadna se reía, le daba un beso y se ponía a hablarle al malvón en voz baja.

Los demás tardaban casi una hora en bajar, y Hugo y Ariadna disfrutaban de ese rato en que estaban solos como se disfruta de un racimo de uvas. No porque hablaran mucho porque, hablar, casi no hablaban, pero se miraban y, a veces, cuando se animaban, con cualquier excusa, se tocaban un poco las manos, apenas, un hombro, la mejilla. La luz nunca fue mucha en Otroso, y por eso los ojos brillaban más que en Florida.

Hugo nunca dijo nada cuando la vio a Ariadna tenderse en el suelo boca abajo para sentir el olor y la humedad de la tierra. Ariadna nunca dijo nada cuando lo vio a Hugo rayar el papel del mapa recién terminado hasta abrirle surcos y después arrojar el lápiz con fuerza para clavarlo como un dardo en la mesa.

Por lo general después caía el Batata.

Y, como en Otroso cada cual tenía su fantasía, el Batata estaba atareado con la construcción de su armórgano.

El armórgano no era otra cosa que una serie de tubos y canales delgados como el grosor de un brazo, que iban desde la Gran Galería hasta el Corredor Número Cuatro (que era el que llevaba a la casa del Batata), finos túneles en la tierra, nada más que eso eran. El Batata se ubicaba con su armónica junto a los

tubos y el sonido se estiraba en las columnas de aire y se deformaba y volvía a la Gran Galería transformado y misterioso. "Como el sonido de otra galaxia", decía el Batata.

La Tere acababa de inventar las vinchas luminosas –que eran como las luces de los cascos de los mineros y venían muy bien para avanzar por los corredores enredados sin tener que ocupar las manos sosteniendo una linterna–, y ahora le estaba construyendo una a cada uno. La Tere, en Otroso, se fue olvidando de los rulos que le había cortado la Patota y se fue enterando bien de sus destrezas. Pero nadie le dijo nunca machona por estar siempre con una tenaza en la mano.

Rosita, cuando venía, traía adornos de flores de papel, un mantel bordado en punto de cruz, una lata de bizcochos, tortas fritas (cuando podía), una silla (la única silla que tuvo Otroso). También traía los chismes del barrio.

Rosita era la que más sabía de las andanzas de la Patota. Que el martes le habían arrancado la bolsa a la abuela Hernández y habían jugado a reventar huevos contra los vidrios. Que el viernes le habían robado las zapatillas a Luis Perrota, el de tercero primera, y lo habían obligado a volverse descalzo desde la avenida. Que el sábado le habían sacado la bicicleta al hermano de Mariana Natanson, a la tarde –no a la noche–, a la hora de la siesta.

—Ahora están agazapados siempre —decía Rosita—. Muchas veces a la hora de la siesta.

—¿Quién te cuenta de la Patota, Rosita? —preguntaba Hugo a veces.

—Y... todos. Las chicas… todos cuentan.

Aniceto merece un capítulo para él solo (aunque más no sea un capítulo corto)

Aniceto llegó un día de mucho frío, cuando estaban pasándose los mates (mate dulce con escudo argentino para la Tere y el Batata, mate amargo con patitas de lata para Hugo y Ariadna). Nadie pudo decir que lo oyó, que imaginó siquiera que alguien avanzaba por el Canal del Terraplén, porque llegó sin ruido, como llegan los gatos, y de un salto se subió a la falda de Rosita, que se rio con susto primero y después empezó a acariciarle el lomo y a rascarle con las uñas detrás de las orejas. Aniceto ronroneaba tan fuerte que al Batata se le ocurrió ponerlo a ronronear junto al armórgano, y salieron rugidos pacíficos y motores galácticos que los entretuvieron y les dieron risa durante toda una tarde.

Después de ese día, Aniceto vino a visitarlos muchas veces. No todas las tardes, algunas tardes, las tardes en las que él decidía que iba a visitarlos. Y tal vez cruzara Otroso muchas veces más, de noche o por la mañana, cuando la Gran Galería estaba desierta.

Nunca se internaba por los corredores enredados. Tenía un único recorrido, siempre el mismo: del Canal del Terraplén al Canal del Baldío. Siempre en ese sentido. Nunca del baldío al terraplén. "Él sabrá por

qué hace lo que hace", decía Rosita cuando el Batata lo llamaba felino aburrido, fanático, obsesivo.

A veces se quedaba con ellos un rato, acurrucado en la falda de Rosita cuando hacía frío, tirado sobre la mesa donde Hugo dibujaba sus mapas cuando hacía calor. Pero otras veces cruzaba la Gran Galería a la carrera, de un solo salto, y se perdía en el Canal del Baldío. "Dale, corré, que te cierra el banco", se burlaba el Batata.

Un día Rosita trajo un frasco de aceitunas y un pedazo de queso provolone para comer con el mate (festejaban el cumpleaños de la Tere). Aniceto cazó una aceituna con la pata y se revolcó sobre ella enloquecido. La olía y brincaba, corría, se retorcía. Volvía a olerla. Se revolcaba. En ningún momento intentó comerla.

Con el tiempo se enteraron de que no solo amaba el olor de las aceitunas sino también el olor del hinojo y del tomillo.

Aparece un nudo en el hilo de esta historia

"Y pensar que ninguno de nosotros sospechó al principio de Ricardo Renner". Eso fue lo que me dijo Ariadna González muchos meses después de que se terminara todo, cuando nos encontramos en la heladería de la avenida (yo estaba escribiendo mis crónicas, como siempre –en verano instalo la redacción de *La Gaceta* en la heladería y en invierno en el barcito de O'Higgins–, y ella entró a pedir un helado).

Como teníamos tiempo y hacía tanto calor, me contó cómo fue que Ricardo Renner entró en la historia. "Fue de la mano de Rosita", me dijo (pero yo eso ya lo sabía de antes).

No hay chica en el barrio que no opine que Ricardo Renner es el más buenmozo. Lo que más les gusta es el mechón de pelo rubio que le cae sobre los ojos. Ricardo es alto y fuerte. Y diestro, como si hubiese nacido sabiendo hacer todas las cosas. Por ejemplo, juega muy bien al fútbol, siempre hace los goles; también sabe jugar al vóley, y es uno de los pocos en Florida que tiene una raqueta de tenis. "Juega al tenis y tiene moto", se burlaba Hugo; "¡cómo no va a ser famoso!". Ricardo hablaba con voz ronca que hacía más ronca a propósito. Cuando Ricardo se sacaba el mechón de pelo con un

golpecito hacia atrás de la cabeza, Rosita sentía que el corazón le latía muchísimo más que de costumbre y las mejillas se le ponían rosadas y de a ratos blancas.

Un día (Otroso ya estaba en pleno funcionamiento y había empezado la época de los inventos, de las vinchas luminosas de la Tere, del malvón subterráneo de Ariadna, del armórgano del Batata, en fin, época de prosperidad serena), Rosita les pidió permiso para dejarlo entrar a Ricardo.

Estaban todos sentados alrededor de la mesa de la Gran Galería y Hugo había desplegado el último mapa de Otroso y les explicaba que convenía multiplicar los canales de emergencia (ya dije que hasta ese momento canales de emergencia había solo dos, y los dos partían de la Gran Galería: uno iba hacia el terraplén del tren y el otro hasta un terreno baldío que había a una media cuadra de la ferretería). A diferencia de los corredores enredados, que iban desde la Gran Galería hasta cada una de las cuatro casas (la de Ariadna tenía salida directa) y que tenían trampas que los mantenían cerrados durante la mayor parte del tiempo, los canales de emergencia estaban permanentemente abiertos. Las salidas, disimuladas una junto a una planta de hinojo en el terraplén y otra detrás de una pila de latas y cajones rotos en el baldío, permanecían siempre descubiertas. Eso tenía una ventaja fundamental: la ventilación. En realidad, mantener en Otroso un aire respirable había sido uno de los principales problemas que habían tenido que resolver. Los canales de emergencia habían ayudado mucho, ya que estaban casi opuestos y eran bastante rectos, de modo que se producía entre ellos cierta corriente que renovaba el aire de Otroso en todo momento. Ahora Hugo les explicaba que, además de los dos canales de emergencia principales, convenía construir canales

de emergencia secundarios, que comunicasen a los corredores enredados entre sí, sin pasar por la Gran Galería.

Parece ser que todos se miraron con cierto cansancio: ¡habían cavado ya tanto! El Batata no entendía por qué, para Hugo, Otroso siempre estaba más adelante, con lo bien que lo pasaban allá abajo y con lo bárbaro que sonaba el armórgano últimamente.

—¿Por qué? —preguntó Ariadna.

—Es necesario —dijo Hugo—. Otroso tiene que protegerse.

—¿De qué, che? ¿De qué tenemos que protegernos? —preguntó el Batata—. ¿Alguien está por invadirnos? —se rio.

—De los demás. De la Patota.

—Pero si nadie sabe —protestó la Tere—. Es un secreto; nadie puede venir a buscarnos.

—Poder, pueden —dijo Hugo—. Siempre pueden.

Ariadna se quedó un rato en silencio y después dijo que tal vez Hugo tuviese razón, que tal vez conviniese construir los canales de emergencia secundarios, y que con eso Otroso quedaría terminado, que era lo mejor, dijo.

Yo discutí ese asunto con Ariadna no una sino muchas veces. A mí no me parece que los canales secundarios fuesen necesarios en ese momento. Lo fueron después, pero no en ese momento. Pura fantasía de Hugo, a mi modo de ver. Ganas de seguir inventando. Miedo a que ese que acababa de terminar fuese el último mapa. Miedo a que Otroso se les volviese demasiado conocido, qué sé yo. Ariadna no me da la razón. Dice que ya para esa época había muchos en el barrio que sospechaban de la existencia de Otroso, o al menos

que olfateaban que en algo andaban esos chicos que de golpe y porrazo desaparecían horas enteras de Florida. Olga, la profesora de piano, por ejemplo, ya había empezado a hacer rodar sus chismes, apoyados todos en la convicción de que ni la Tere ni Ariadna eran trigo limpio y que por eso andaban siempre escondidas, que ya no eran las nenas de dos veranos atrás y que, junto con las tetas, les crecían las mañas.

Pero la cuestión es que, acertados o no, Ariadna y Hugo terminaron por convencerlos a todos, y ahí estaban, planeando la construcción de los nuevos canales, cuando Rosita esperó a que se hiciese un huequito en la conversación y salió con el asunto ese de Ricardo Renner.

—A mí no me gusta que venga ese tipo —dijo Hugo (no era un secreto para nadie que a Hugo no le gustaba nada Ricardo Renner).

—Sí, pero vos no sos el rey acá. Vos no mandás —saltó la Tere (me la imagino: cuando la Tere se enoja los ojos se le ponen brillantes y casi rojos, como el pelo).

Se hizo un silencio.

No era la primera vez que la Tere le paraba el carro del orgullo a Hugo Berenstein.

Hugo la miró desde debajo de sus mechas negras y se enroscó mejor la bufanda.

—Que se vote —dijo el Batata—. Los que opinen que hay que darle la oportunidad a Ricardo Renner que levanten la mano.

La levantaron Rosita, el Batata y la Tere. (El Batata –creo– con la esperanza de que todo el asunto del nuevo visitante de Otroso disuadiese a Hugo de seguir con las excavaciones –a él cavar no le gustaba nada y, además, en una de esas, los canales de emergencia secundarios perjudicaban el hermosísimo sonido de su armórgano–). Hugo y Ariadna no levantaron la mano.

"Pero vos, ¿por qué no levantaste la mano?", le pregunté a Ariadna cuando ya hacía rato que había terminado su helado y estábamos sentados a la sombra en el banco de madera de la heladería. "No sé", dijo Ariadna, "por no dejarlo solo a Hugo, supongo, o porque Ricardo Renner me llamaba gorda culona cuando estábamos en quinto, o porque no quería que la oyese a mi mamá cantando" Se va se va la barca", no sé por qué, pero yo, sospechar, no sospechaba".

—Está bien —dijo Hugo—, pero tiene que jurar que va a guardar el secreto. Y vamos a mostrarle solo la Gran Galería.

—De acuerdo —dijo la Tere (había ganado y se sentía muy generosa)—. Por ahora solo la Gran Galería.

—¡Y el armórgano! —dijo el Batata, que pensaba que tal vez ésa fuese su única oportunidad de impresionar a Ricardo Renner (Ricardo Renner no era muy impresionable).

Se fijó que la visita sería el viernes.

Rosita lo hizo entrar a Ricardo por su propia entrada, la que daba al Corredor Número Tres y desembocaba, después de muchas vueltas y curvas, en la Gran Galería.

Hugo estaba sentado junto a la mesa, pero, esta vez, sin el mapa (el mapa de Otroso estaba cuidadosamente doblado en ocho partes). Con la punta de la bufanda se sacudía la rodilla del pantalón. Tenía la cabeza baja y espiaba por entre los barrotes de pelo negro. El Batata estaba sentado junto al armórgano. La Tere y Ariadna andaban por ahí: en realidad todos estaban esperando.

Oyeron los pasos en el Corredor Número Tres y levantaron los ojos para mirar.

Ahí estaban Rosita y Ricardo Renner. Rosita, con su vincha luminosa, y Ricardo, con una linterna

en la mano. A todos, también a los que habían votado por que viniese, les pareció de pronto que Ricardo Renner no era de allí, que no pertenecía a Otroso. Tan bronceado y tan hermoso y tan seguro, con las zapatillas de básquet y el pelo rubio y la llave de la moto que le asomaba del bolsillo.

—Hola —dijo mientras miraba con atención la Gran Galería (el recinto, los agujeros de los corredores y de los canales, las lámparas, el farolito que titilaba, la mesa de cañas); después silbó con asombro.

—Hola —dijeron todos (o al menos algunos, no se pudo saber bien).

Se veía que Rosita estaba pasando por un momento difícil. Tenía la cara rosa subido de a ratos y blanca casi siempre. Los ojos miraban redondos, y nunca había tenido tanta cara de ramo. A la Tere le dio pena Rosita porque todos eran tan severos con ella.

—Es un refugio, una especie de refugio —dijo la Tere, y de pronto se dio cuenta de que, ni siquiera por ayudar a Rosita, iba a decir nada más.

—¿Un refugio? ¿Un refugio para qué? —preguntó Ricardo—. ¿Están en guerra? —se rio, mirándola a Rosita.

No dijo "¿Están jugando a la casita, pendejos?", pero como si lo hubiese dicho.

Fue una suerte que justo ahí empezara a sonar el armórgano.

—¿Y eso, che? ¿Música extraterrestre?

Al Batata, no sabía por qué, le sonó feo eso de "música extraterrestre".

—Bueno —dijo Ariadna con una sonrisa—, es difícil imaginarse una música que sea menos extraterrestre que esta...

Hugo se sonrió y le guiñó un ojo a Ariadna. La Tere largó una carcajada. A Ricardo le llevó un rato darse cuenta del chiste.

—Sí, claro —dijo, y empezó a jugar con la llave de la moto—, acá todo es muy "terrestre", ¿no?

Y ese día no pasó nada más.

Y todos esperaron que Ricardo Renner no volviese a bajar a Otroso, pero Rosita volvió a preguntar con miedo si podía traerlo. Y Ricardo Renner bajó una vez más. Unas pocas veces más, siempre en viernes y siempre por el Corredor Número Tres. Solía pasarle el brazo por los hombros a Rosita, un poco como mostrándose dueño.

Cuando venía Ricardo las cosas no andaban como siempre en Otroso. Había mucho más silencio. De pronto algunos se levantaban, se iban por su corredor y no volvían. Rosita se le quejaba en voz baja a la Tere de que no lo aceptaban a Ricardo. "Y creo que tenía razón", me dijo Ariadna. La Tere hacía como que la defendía (Rosita tenía razón, eran unos cerrados, unos fanáticos y etcétera), pero ella ni siquiera le había mostrado a Ricardo cómo hacerse una vincha luminosa (¡era tan fácil!), y, cuando oía los pasos de Ricardo, se cuidaba bien de dejar de hablar de las cuestiones de la construcción de los canales de emergencia secundarios, que para ese entonces y vaya uno a saber por qué, ya todos pensaban, como Hugo, que podían llegar a ser necesarios.

Hugo a Ricardo eligió ignorarlo. Seguía con lo suyo, bien enroscada la bufanda, y Ricardo Renner nunca le oyó, pronunciada allá abajo, otra palabra que no fuese chau.

El Batata, en cambio, intentó enseñarle a tocar el armórgano, pero Ricardo Renner no tenía demasiado interés por esas exploraciones musicales; él sabía tocar

con un dedo en el piano dos o tres canciones de moda (también tenía piano Ricardo Renner; eso era ser dichoso, pensaba el Batata) y era más que suficiente. El Batata le parecía medio idiota, con esa nariz y esa cara de éxtasis que ponía cuando de pronto descubría algún sonido nuevo, especialmente extraño, y buscaba y buscaba hasta poder repetirlo.

Pero fue Ariadna, de todos ellos, la que adoptó la manera más nueva, más extraña de tratarlo a Ricardo.

"No sé qué me pasaba", me decía Ariadna mientras dejábamos la heladería y volvíamos despacio hacia Agustín Álvarez. "Me fui volviendo mala". Ariadna con Ricardo Renner era dura como las baldosas de su cocina, dura y burlona, filosa. Con un dedo se separaba el cabello de la cara, se lo enganchaba detrás de la oreja y le decía a Ricardo algo breve y sonriente, pero irónico y oscuro. Le decía cosas que él no entendía pero los demás sí. Aludía a la banarina o a los nombres secretos de Otroso, y Ricardo Renner se quedaba flotando en la conversación como un náufrago. Se burlaba del llavero del que colgaba la llave de la moto, del mechón rubio, de la voz demasiado ronca...

Hugo la miraba como si la estuviese descubriendo. Y la propia Ariadna se sorprendía. Aprendía a ser mala.

"Pero entonces vos sabías que Ricardo Renner...", le dije cuando ya nos separábamos, ella a punto de entrar en su casa y yo rumbo a las campanillas azules del cerco del terraplén. "No, no sabía", me dijo, "solo sentía que tenía que ser mala".

Ricardo Renner tenía permiso para entrar en Otroso los viernes. Eso se lo habían dicho a Rosita bien claro: los viernes sí, pero únicamente los viernes. Tuvo que ser uno de esos viernes cuando Aniceto pasó como

pasaba siempre, a la carrera por la Gran Galería, del Canal del Terraplén al Canal del Baldío, y se chocó con las piernas de Renner.

Sigo tejiendo la historia, pero está claro que algunas hebras se están poniendo demasiado tensas

Poco a poco se fue completando la geografía de Otroso con los canales de emergencia secundarios. Como ya tenían cierta experiencia en excavaciones, no les exigieron tanto esfuerzo y, en cuanto comenzaron a construirlos, se dieron cuenta de que con el tiempo podrían serles de enorme utilidad.

Los canales de emergencia secundarios comunicaban entre sí a los corredores enredados y se comunicaban a su vez con los canales de emergencia primarios, que iban hacia el terraplén y hacia el baldío.

Como los corredores enredados estaban abiertos a diferentes niveles –siguiendo como habían seguido siempre las vetas de tierra blanda– y, así como doblaban hacia la derecha y hacia la izquierda, también subían y bajaban y había pendientes y lomadas, los canales de emergencia secundarios podían comunicar no solo al Corredor Número Uno con el Dos y al Dos con el Tres y al Tres con el Cuatro, sino también –a distintas alturas y en un mismo terreno– al Uno con el Cuatro, al Tres con el Uno, al Cuatro con el Dos; en fin, de pronto se dieron cuenta de que podían construir una verdadera red de canales que iban y venían y se cruzaban por arriba y por abajo en vericuetos casi infinitos.

La construcción era muy minuciosa y cada paso era registrado en el gran mapa de Otroso. Líneas de colores indicaban los ascensos y los descensos, y había curvas de nivel para señalar las distintas alturas. En total construyeron catorce canales de emergencia secundarios, algunos de pocos metros y otros de cerca de una cuadra.

Los canales de emergencia secundarios armonizaban bien con los corredores enredados y con los canales primarios. De alguna manera todos los pasillos de Otroso se parecían. Hugo había considerado que eso era lo mejor. De ese modo –Hugo siempre pensaba en la posibilidad de una invasión desde afuera–, el que no conociese a fondo la geografía de Otroso se perdería irremediablemente en el Laberinto.

A veces no puedo menos que preguntarme por qué, si no temían todavía nada concreto, eran tan ingeniosos, tan prudentes. Pero tal vez el fin de Otroso estaba ya adentro de su principio, tal vez todos sabían en el fondo todo lo que iba a suceder, punto por punto, el día en que levantaron, con tanto trabajo (porque estaba tan pesada) la primera baldosa.

Durante el tiempo que llevó la construcción de los canales de emergencia secundarios sucedió que una que otra vez se encontraran un viernes con Ricardo Renner. De lunes a jueves trabajaban en las excavaciones y en los apuntalamientos todos, también Rosita, pero de eso no se hablaba los viernes. Al menos eso es lo que todos creían.

Lo cierto es que los canales de emergencia secundarios estuvieron listos justo a tiempo.

Cómo fue que empezó la guerra

"¿Una guerra?", dicen ustedes (los que a veces están impacientes y a veces están enojados pero, a pesar de todo, siguen leyendo), "acá nadie había hablado de una guerra". Y yo les digo: "Sí, una guerra, y no protesten porque cuando uno escribe una historia no tiene por qué contárselo todo de golpe al que está leyendo".

Ricardo Renner, el traidor, fue el que empezó la guerra. Porque si él no le hubiese contado a la Patota, con pelos y señales, cómo era Otroso –incluidos Aniceto y el Canal del Terraplén, claro–, la Patota no habría podido entrar como entró, a empujones y rompiendo todo en esta historia.

Y Ricardo Renner pudo hacer lo que hizo porque habló Rosita.

Ya sé que Rosita tiene sus defensores en el barrio –Clara Berenstein, sin ir más lejos, o la abuela Hernández–, gente que dice que, si se la acusa de algo, solo se la puede acusar de ingenua, de blanda, de enamorada. Está bien, acepto. Acepto incluso que haya contado cosas sin saber que las estaba contando. Pero nadie me puede discutir lo que seguro es cierto: contar, tuvo que contar porque, ¿cómo pudo, si no, suceder lo que sucedió luego?

Los defensores de Ricardo Renner, en cambio, no son tantos. Tal vez haya algún que otro vecino que sienta un poco de pena por él (algún vecino que no le tenga, como yo, tanta rabia) y diga "pobre pibe, tuvo miedo; la Patota mete miedo, acorrala, obliga…". Es más: sé de buena fuente que Ramiro Tessani, en su famosa *Crónica objetiva,* pretende justificar, al menos en parte, su conducta (lo que no me extraña nada, por supuesto; ya dije que siempre me pareció sospechosa, y muy poco "objetiva", la abundancia de información que poseía Tessani, los documentos exclusivos, la distancia con que aludió siempre a esta guerra). Pero Clara Berenstein, que en la cuestión de Rosita disiente conmigo, es implacable, en cambio, con Ricardo Renner: asegura que más de una vez lo vio por la calle Lavalle, llevando en la moto a alguno de la Patota (era fácil darse cuenta de eso porque en Florida solo la Patota usaba campera negra que parecía charol y cintas de cuero enroscadas sobre las botas, en los tobillos). Sea como fuere, lo cierto es que Ricardo Renner, el traidor, fue el que empezó la guerra.

El primer indicio de que alguien había descubierto Otroso fueron los ruidos que se oyeron un jueves a la tarde por la zona del Canal del Terraplén. Al principio pensaron que podía ser Aniceto, que era el único que atravesaba Otroso de ida y de vuelta, sin pedirle permiso a nadie. Pero enseguida se dieron cuenta de que Aniceto no era. En Otroso todos los sonidos eran intensos y retumbantes (tal vez por eso sonaba tan bien el armórgano) y, después de tantos meses de vivir ahí abajo, todos reconocían el ruido de pasos por los corredores, el ruido de pasos por los canales de emergencia, sabían si era una persona o dos personas las que avanzaban, y casi podían reconstruir su recorrido.

Se quedaron en silencio. Ariadna y Hugo, que estaban sentados uno junto al otro, se tocaron las manos. La Tere hizo un gesto mandando a todos apagar las luces de las vinchas y desconectó el farolito de la entrada a la Gran Galería y la hilera de lamparitas del techo.

Siete, ocho, diez minutos en silencio, escuchando. Quienquiera que fuese el que había avanzado unos metros hacia el interior de Otroso, no se había atrevido, era obvio, a internarse por los corredores enredados y por los canales de emergencia secundarios que comenzaban a abrirse a poca distancia de la entrada del Canal del Terraplén. Se mantuvieron en oscuridad y en silencio durante algunos minutos más y después supieron que había llegado el momento de hablar.

La Tere encendió las lamparitas.

—En una de esas fue el linyera —dijo el Batata, pero antes de terminar de decirlo se dio cuenta de que ni siquiera él mismo podía convencerse de eso.

—¿Dónde está Rosita? —preguntó Hugo.

—No vino hoy —dijo la Tere. Y después, de mal modo—: Pero Rosita no tiene nada que ver con esto. ¿Qué te pasa, Hugo? ¿Tan loco estás que desconfiás de nosotros?

—Yo nada más pregunté dónde estaba Rosita.

Rosita volvió a Otroso al día siguiente pero nadie le contó lo que había sucedido.

—¿Y Ricardo? —preguntó la Tere (porque era viernes).

—No sé —dijo Rosita—, hoy no quiso venir. Y yo no me puedo quedar mucho rato porque me invitó al cine.

Ricardo Renner nunca más volvió a bajar a Otroso.

Cuando Rosita se fue todos estuvieron seguros de que los habían traicionado.

Fue entonces, ese día y en ese preciso momento, que nacieron las máquinas infernales y el Mamotreto Concuernos.

El Mamotreto Concuernos fue la resistencia final de Otroso y uno de los protagonistas principales de la guerra.

Ahora que ya a ninguno le cabía duda de que había habido traición, ahora que todos estaban convencidos de que la Patota sabía, y de que tarde o temprano iba a entrar en Otroso para destruirlo, pudieron sentarse a la mesa de la Gran Galería para planear la resistencia.

—Necesitamos algo que realmente los asuste —dijo Hugo.

—Eso —dijo el Batata—, que se meen y se caguen en las patas.

—Máquinas infernales —dijo la Tere, que enseguida recurría a la mecánica y a la electricidad para manejar el mundo.

—Sí —dijo Ariadna—, máquinas infernales y, sobre todo, el Mamotreto Concuernos.

Y así nació el Mamotreto Concuernos. Empezó siendo un nombre, uno de los tantos nombres que sembraba Ariadna por Otroso, y terminó siendo el más asombroso monstruo jamás construido para defenderse de una patota tan brava como la que arrastraba los pies por las calles de Florida.

Al día siguiente nomás comenzaron los preparativos. Cada uno aportaba lo que podía: un resorte, una sábana, una lupa, un caño, pedazos de cosas, una licuadora rota, un tocadiscos Wincofón del año del hipo, anteojos de sol, tornillos, un rifle de aire comprimido, trozos de guardabarros atesorados durante

toda la infancia, un proyector de diapositivas, medias agujereadas, ruedas de patineta, paraguas desvarillados, changuitos demasiado oxidados para seguir yendo a la feria, libros que hablaban de máquinas y de aparatos y, sobre todo, recuerdos, recuerdos de viejos sueños, en los que había habido miedos infernales, demonios y monstruos.

No trabajaban en orden. Trabajaban en desorden. De adentro hacia afuera. Sin planes. Yo sé que es difícil de entender eso. Don Braulio, el de la verdulería –¡si será porfiado ese hombre!– ni siquiera después de que le contaron con todo detalle cómo funcionaban la Linterna Fantasmagórica o el propio y mismísimo Mamotreto Concuernos, pudo convencerse de que esas cosas hubiesen sido hechas por muchachos, por chicos casi, sin la ayuda de ningún ingeniero. A mí, en cambio, no me parece tan raro porque estaban decididos, y un poco también porque la tenían a la Tere, que era un genio para los inventos.

Claro está que construir las máquinas infernales les llevó tiempo, mucho, mucho más del que iba a esperar la Patota para volver a hacer oír sus pasos por los corredores. Por eso, mientras la Tere y el Batata (que desde la cuestión del armórgano les había tomado el gusto a los inventos) manoseaban y volvían a manosear los objetos que habían reunido buscándole la punta a algo, Hugo y Ariadna (Rosita venía cada vez menos hasta que un día dejó de venir del todo) se ocupaban de patrullar los corredores.

Iban los dos juntos porque Hugo no quería que Ariadna se encontrase de buenas a primeras con la Patota. "Vos venís conmigo", le decía. Y se iban por los corredores y después por los canales, a veces con las vinchas luminosas encendidas pero, otras veces, a oscuras y a tientas, tocando palmo a palmo las paredes que conocían tan bien y de tanto tiempo, para ver y oír mejor si había ruido o luz de enemigo en algún recodo del camino.

Hugo es un tipo de pocas palabras pero sé que alguna vez, mucho tiempo después, le confesó a Ariadna que nunca había sido más feliz que en esos momentos de oscuridad y silencio, cuando la sentía tan cerca, a pesar del miedo.

Un día, mientras avanzaban por el Corredor Número Tres, que era el que más les preocupaba porque terminaba debajo de la planta de hojas anchas en el jardín de atrás de la casa de Rosita (habían pensado en bloquearlo, pero el recuerdo de Rosita cavando con empeño a pesar de las uñas sucias de tierra era todavía muy fuerte, y les parecía una especie de traición –hablando de traiciones– dejarla definitivamente fuera de Otroso), oyeron primero un maullido agudo, larguísimo (Aniceto estaba en problemas; sólo maullaba así cuando no andaban bien para él las cosas) y, después, pasos. Venían, como aquella primera vez, del Canal del Terraplén: el que venía ya conocía el camino.

Hugo y Ariadna se apresuraron a buscar alguno de los canales secundarios que llevaban del Corredor Número Tres, donde estaban parados, al lugar de donde venía el ruido. Apagaron las vinchas luminosas, se tiraron al suelo y avanzaron deslizándose, en silencio total.

En el sitio donde el canal secundario desembocaba en el Canal del Terraplén, un relumbrón de linterna los obligó a pegarse contra el suelo. La tierra húmeda se les pegaba al vientre y el olor de Otroso se les prendía a la nariz como un broche.

Hugo sentía la cara de Ariadna muy cerca de su cara y, aun en la oscuridad, le veía temblar los labios. Le pasó la mano por sobre los hombros y así se quedaron,

callados, espiando al explorador negro, que empuñaba la linterna y recorría con un rayo de luz las paredes del Canal del Terraplén, tratando de adivinar dónde culminaba.

De pronto se dio media vuelta y por un instante la luz se le derramó sobre el cuerpo. Tenía una chaqueta de cuero negro que brillaba como el charol y cintas de cuero enroscadas en las muñecas y en los tobillos. La cara y la cabeza se perdían en lo oscuro, pero Hugo hubiese jurado que llevaba casco.

Aniceto pasó corriendo y quiso escurrírsele por entre las piernas. No pudo. El explorador negro lo levantó con la punta de la bota y lo tiró por el aire. El maullido se perdió por la punta del canal y todo quedó a oscuras y sin ruido.

—Vamos —dijo Hugo.

Esa tarde no hubo banarina ni mate que les hiciera recuperar el buen humor. La llegada de la Patota era inminente, y no iba a haber tiempo de completar las máquinas de la resistencia. Era evidente que el explorador negro era una avanzada, para conocer un poco mejor el terreno. Volverían pronto.

Esa tarde Hugo dobló cuidadosamente el mapa más viejo, el primero, y se lo llevó por el Corredor Número Uno, rumbo a su casa; el Batata, antes de irse, cubrió con cañas el armórgano; la Tere juntó las vinchas y escondió lo mejor que pudo las máquinas infernales (una, la Linterna Fantasmagórica, ya estaba empezando a tomar forma). Y Ariadna trepó a su cocina y se abrazó a María Blanca, que –cosa extraña en ella– cantaba Arroz con leche, y se quedó así, con la cabeza apoyada en su regazo de algodón floreado mientras ella cantaba y le pasaba la mano por el cabello, y después la miraba como preguntándole si quería jugar al hilo.

La primera batalla quiere cortar el hilo de esta historia

Con respecto a la fecha de la primera batalla parece que nadie se pone de acuerdo. Se discute mucho. Unos dicen que fue dos días después del episodio del explorador negro y otros dicen que fue como un mes después, cuando la Linterna Fantasmagórica ya estaba casi lista. Tal vez tengan razón los que dicen que habían pasado mucho más de dos días, pero de todos modos, más o menos lista o no, la Linterna Fantasmagórica no entró en acción el día de la primera batalla sino mucho después. Y lo que nadie discute, en todo caso, es que la primera batalla fue una derrota, una terrible derrota.

De esa batalla yo sé lo que me contó Ariadna, lo que me contó el Batata –que con el tiempo se hizo bastante amigote mío– y lo que dice el padre de la Tere (que siempre, desde el primer momento, se puso del lado de la hija y estuvo al tanto, tal vez más que ningún otro, de lo que pasaba en Otroso). Pero no es mucho, porque se ve que de ese día nadie quiere acordarse demasiado.

Parece que fue un viernes, eso sí. Y que fue a la nochecita, cuando todos estaban ya por volver a sus casas. No hubo tiempo de prepararse. Primero fue el maullido de Aniceto, como la vez anterior (era evidente que lo usaban de guía, para no perderse en el laberinto

de los corredores; jamás habrían podido llegar del terraplén a la Galería sin la ayuda de Aniceto). Y después, un ruido largo, exagerado. Otroso entero retumbó en una especie de gemido.

Llegaron en un santiamén. Traían palos. Cadenas. El charol brillaba a la luz de las vinchas luminosas. En las manos, linternas poderosas como faros de autos. En los pies, botas lustrosas y, alrededor de las botas, cintas de cuero. En la cabeza, cascos como los que usan los motociclistas. Con las viseras bajas. Y supongo que Hugo no pudo menos que pensar, en medio de la batalla, que no era justo que un bando tuviese cascos y el otro bando, en cambio, sólo tuviese caras.

Las humillaciones han de haber sido muchas, manoseos, burlas, salivazos, patadas, finas rayas de navaja, cachetadas, pero de eso nadie habla. Los destrozos, también. Doña Enriqueta conserva –ya dije– un bellísimo trozo de mapa de Otroso (el único que se ha rescatado, junto con el que tiene Tessani) destrozado al medio de cuando lo ensartaron en un palo de punta afilada, de esos que tal vez no maten pero que pueden lastimar bastante. Y hay otras huellas: vidrios de la jarra de banarina que estrellaron contra el piso, la armónica del Batata doblada al medio con el golpe de taco de una bota... Y hasta algunos trofeos: una charretera de cuero negro que brilla como el charol y dos botones plateados (uno aferrado todavía a un pedazo de cuero arrancado junto con él de la campera), una cinta tobillera y un mechón de pelo rubio.

Pelearon, eso es seguro. Pelearon lo que pudieron y hasta las lágrimas y después no pelearon más y vieron cómo los palos y las linternas iban y venían por la Gran Galería y cómo estallaban en mil pedazos las bombitas del techo y el farolito de colores de la entrada.

"Fue breve", dice siempre Ariadna, "fue muy breve...".

Se fueron cuando vieron que Aniceto se escapaba por el Canal del Terraplén. Dice el Batata que, cuando lo vio irse, pensó "qué raro", porque era la primera vez que cambiaba el sentido de su recorrido, de la Galería al terraplén jamás había corrido, siempre del terraplén a la Galería. Lo siguieron para no perderse en el regreso. Y lo alcanzaron.

Los gatos son muy vivos y saben mucho, es difícil atraparlos. Y Aniceto –eso lo dicen todos en el barrio– era más inteligente incluso que otros gatos: sabía encontrar una aceituna dentro de un trapo, sabía mover el picaporte de una puerta, sabía cazar al vuelo una mosca. Todos hubieran jurado que nadie era capaz de alcanzar a Aniceto si Aniceto no quería que lo alcanzasen. Por eso, en medio de las lágrimas, se sorprendieron todos tanto cuando el maullido profundo y herido llegó desde la punta del Canal del Terraplén, amortiguado y repetido en el eco de muchos corredores. Ariadna y Hugo se miraron y recordaron el brillo de la bota del explorador negro levantando en el aire al gato.

Todo quedó en silencio. Esperaron mirándose unos a los otros y mirando la tristeza de un Otroso aplastado. Después Hugo avanzó por el Canal del Terraplén, apoyando los pies con cautela por si la Patota todavía andaba rondando.

Casi a la salida, donde el canal ya estaba iluminado por la luz naranja y azul del final del día y se sentía el olor del hinojo intensamente, tuvo que ver con claridad lo que tal vez ya había estado esperando ver desde hacía rato: Aniceto estirado, larguísimo, quieto.

Lo levantó con cuidado: era demasiado blando, se le derramaba por entre los brazos. Se sorprendió al

sentir que el pelo todavía era suave, todavía era tibio, aunque la cabeza colgara a un lado como el yoyó de su hilo. Lo sujetó con fuerza contra el pecho.

—Vamos —dijo Hugo cuando llegó a la Gran Galería—. Vamos: tenemos que enterrar a nuestro muerto.

Otroso y Florida: el derecho y el revés de mi tejido

Podría decirse que la primera batalla partió en dos la historia de Otroso. A partir de la primera batalla, Otroso dejó de ser la historia privada de un grupo de chicos y empezó a ser la historia de todos –la historia del barrio, la historia de Florida–, y no exagero si digo que nadie dejó de tomar partido en ella, para atacar o para defender o para transmitir noticias o para hacerse el que no sabía nada de nada de lo que estaba pasando.

Otroso tuvo que dejar de ser privado porque ya no se podían esconder las heridas de la guerra. Al día siguiente de la primera batalla, Hugo tenía el labio partido y los dos ojos morados; Ariadna, un tajito bastante profundo junto a la ceja; la Tere, el tobillo dislocado de cuando se había caído hacia atrás sobre un montón de cañas, y el Batata todavía sangraba por la nariz.

Puede decirse que dos días después de la primera batalla no había nadie en Florida que no supiese que por algún lugar, debajo del barrio, había crecido Otroso. Me acuerdo bien porque ahí fue cuando me enteré yo de toda esta historia, en la cola del pan. Presté atención porque tengo el hábito de prestar atención a los chismes, que siempre me condimentan las crónicas. Empezó siendo un murmullo, un cuchicheo, pero para el mediodía

se decía todo en voz bien alta. Me acuerdo de que la palabra –Otroso– fue lo que más me sorprendió, lo que en verdad me sedujo.

Para la tarde ya todos conocían detalles (algunos, unos detalles y otros, otros detalles, y se los intercambiaban como quien intercambia figuritas). Me enteré en la ferretería de lo de las vinchas luminosas; en la cola del 184, de lo del armórgano, y a la noche mi vecina me pasó la cuestión del Mamotreto Concuernos.

Siempre que hablamos de ese día, que todos llamamos el Día de los Rumores, Ariadna me dice que el que más había sufrido con la publicidad había sido Hugo. Para Hugo lo más horrible del mundo había sido que el barrio entero se metiera en Otroso. Casi tan horrible como la llegada de la Patota. Y también cuenta que fueron la Tere y el Batata los más bocinas. Al Batata le encantó poder contarle al Viejo la cuestión del armórgano (tal vez porque se imaginaba que el Viejo, como nadie en el barrio, hubiese podido apreciar su sonido), y la Tere, porque pudo consultar con el padre algunas dudas que tenía con respecto a la Linterna Fantasmagórica. Para Hugo, en cambio, fue horrible.

Cuando volvieron a encontrarse en Otroso, cuatro o cinco días después de la batalla, se miraron unos a otros y supieron que las cosas habían cambiado. Hugo recogió los pedazos de sus mapas (solo dos se habían salvado de la masacre y aun esos tenían averías) y se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas.

Ariadna dejó lo que estaba haciendo –los vidrios rotos de la jarra de banarina, los restos de su malvón manso diseminados por el suelo de la Gran Galería–, y se le sentó al lado. No lo tocó. No hizo nada. Se le sentó al lado. Pero se ve que fue suficiente porque de pronto Hugo levantó la cabeza y dijo:

—Bueno, hay que terminar la Linterna Fantasmagórica antes de que vuelvan.

—Sí —dijo Ariadna—, y empezar cuanto antes con el Mamotreto Concuernos.

Fue suficiente para que pudiesen volver a hablar de Otroso.

Resolvieron que sería tan secreto como siempre, aunque no pudiesen evitar ya que las noticias circulasen por el barrio. Nadie más que ellos entraría. Nadie más que ellos terminaría las máquinas infernales. Nadie más que ellos se las vería con la Patota, si es que la Patota volvía. Y lo dijeron con miedo, pero también con un poco de esperanza porque querían que la Patota volviera, porque querían la revancha.

Por eso, porque querían que la Patota volviera, no taparon la entrada del Canal del Terraplén, aunque sí en cambio la del terreno baldío, que ahora que todavía era invierno y los paraísos del frente se habían pelado podía entreverse desde el cerco si se prestaba atención a las sombras que había entre los cajones rotos.

Durante todo el tiempo en que duró la construcción de las máquinas infernales (tres en total: la Linterna Fantasmagórica, la Máquina del Trueno y el Mamotreto Concuernos) Otroso siguió siendo secreto –aunque famoso– en Florida. Nadie sabía por dónde se entraba ni por dónde se salía y en realidad suponían que la construcción se habría iniciado más bien por el lado de Cetrángolo, donde había muchos baldíos, pero jamás supusieron que estaba ahí nomás, en la calle Agustín Álvarez y debajo de las patas de sus mesas, debajo de sus propias piernas.

La muerte de Aniceto fue suficiente para que Rosita se quedase encerrada en un silencio triste. No volvió a hablar de Otroso ni quiso volver al cine

con Ricardo Renner. Es de suponer que tampoco Ricardo Renner volvió a hablar por un tiempo, tal vez asustado por consecuencias tan terribles y exageradas, o tal vez por otros motivos que nadie se ocupó de iluminar cuando contó la historia.

Pero la fama de Otroso fue creciendo y, poco a poco, todos se fueron acercando a ella.

Había, me parece, unos cuatro bandos en total en el barrio por esos días. Estaba el bando de los defensores de Otroso. A nadie le puede caber duda de que en ese bando estaba el Chacho Díaz, el padre de la Tere, y, en cierto modo, Tomasini, el Viejo del Batata. También Anastasio Rialto, Ángel, el del quiosco, los Hernández en pleno (o por lo menos la abuela Hernández, sin lugar a dudas), doña Enriqueta, don Braulio, Anita, la modista de la vuelta, yo, por supuesto... No hablo de María Blanca porque María Blanca, a su manera, era parte de Otroso.

Estaba también el bando de los enemigos de Otroso, el de los que opinaban que estaba mal que Otroso existiera. Ya estaba el barrio, decían, no hacía falta un Otroso. Las cosas secretas, decían, eran peligrosas. A quién se le ocurre, decían; eso es llamar al diablo. En vez de estudiar, caramba, decían. En fin. Los enemigos de Otroso eran muchos, me parece que, por momentos, eran más que los defensores (pero no se puede saber bien porque hubo quienes se pasaron de uno a otro bando a lo largo de la guerra). Entre los detractores de Otroso estaba el padre de Rosita, Bautista Jaramillo (al que nadie le había contado todavía que su hija también había cavado los túneles con sus propias uñas), la mujer de Yáñez (porque Yáñez no podría decirse que estuviese en ese bando), el celador de la tarde, Antonio Estévez, doña Valeria, Antúnez, el de la otra cuadra, Olga, la profesora de piano, Pelufo, el hijo mayor de los Martínez y los Renner.

Pero no eran los únicos dos bandos. Estaba también el bando de los chismosos. El bando de los chismosos no se pronunciaba a favor o en contra de Otroso, se limitaba a transmitir información, a averiguar, a disfrutar con los datos, con los detalles. Los chismosos estaban al día con todo y se sentían poderosos cuando conseguían una información insólita, un dato curioso. Para cuando la Linterna Fantasmagórica estuvo terminada, ya los chismosos sabían muchas cosas de su funcionamiento. Al bando de los chismosos pertenecían Carmelita, Zucotti (la tienda de Zucotti se convirtió en una especie de cuartel general de los chismosos), Ramiro Tessani –que muy pronto se destacó como el gran coleccionista de documentos–, Hilda, Tognazzi, María Cecilia Rípoli de Díaz, la mamá de la Tere... Cuando los chismosos no conseguían información eran muy capaces de fabricar alguna.

También estaba el bando de los que hacían como que no pasaba nada de nada, el bando de los distraídos. Los del bando de los distraídos eran especialistas en cambiar de conversación. Para ellos Otroso nunca había existido; es más, ni siquiera habían oído hablar de Otroso. Los distraídos estaban demasiado atareados para ocuparse de esas cosas. Al bando de los distraídos pertenecían muchos, un montón, pero en general nadie se acuerda de sus nombres. Seguramente Analía, la madrastra del Batata, que tenía demasiado quehacer con las mellizas; posiblemente Leonardo Berenstein, el padre de Hugo (al menos en un primer momento, ya dije que hubo cambios de bando a lo largo de la guerra) y no sé si decir que Gervasio González. Creo que no es justo llamarlo un distraído. Gervasio González estaba

flotando en la vida desde el día en que María Blanca se volvió loca; ni Otroso ni nada podía traerlo de su lejanía.

Clara Berenstein era un caso especial. No podría decirse que perteneciese a ninguno de esos bandos porque en realidad a ella Otroso no le importaba en absoluto. Sólo le importaba Huguito, su Hugo. A su modo de hacer las cosas, nervioso y gritón, de la misma manera en que se preocupaba porque los pulóveres fuesen bien largos (para que fuesen bien abrigados) y por que Hugo tomase suficiente leche (para que le creciesen los huesos), empezó a preocuparse porque no atacasen el Otroso de su hijo, porque la madre de Hugo pensaba que su hijo tendría sus defectos, pero era un muchacho excelente –y genial–, y de esa manera empezó a entrar decididamente en el bando de los defensores. Y no sólo eso sino que, con el correr de los días, terminó desempeñando una importantísima función como cabeza de la red de espionaje.

Máquinas infernales I: La Linterna Fantasmagórica

Sin embargo, aunque por arriba, en las calles del barrio crecía la historia y se iba haciendo famosa, importante, la guerra, la verdadera guerra, debía suceder abajo, donde Hugo, Ariadna, el Batata y la Tere ya habían terminado la Linterna Fantasmagórica y trabajaban a la vez en la Máquina del Trueno y en el Mamotreto Concuernos.

Lo de la Linterna Fantasmagórica había sido una idea verdaderamente genial. Fue obra de la Tere, su obra maestra puede decirse (así como la Máquina del Trueno fue sobre todo del Batata y el Mamotreto Concuernos, de Ariadna y de Hugo), pero tal vez jamás se hubiese hecho de no haber recordado Hugo (mientras miraban unos restos de proyector de diapositivas, que había bajado a Otroso junto con tantos otros pedazos de objetos, cuando comenzó la resistencia) algo que había leído hacía mucho en algún libro: que la cuestión de los proyectores era bastante vieja porque, en tiempos antiguos, los sacerdotes de algunos pueblos proyectaban figuras de dioses y de demonios en el humo de los altares para convencer a los fieles de la verdad de su culto. Los dioses parecían subir al cielo desde el humo, y se veían clarito clarito.

—¡Seguro! —se rio el Batata—. Mientras algún monje tenía el proyector escondido en un rinconcito. ¡Qué piolas!

—Usaban el humo como pantalla —dijo la Tere, que enseguida entendía cómo funcionaban las cosas.

—¡Pero si no tenían proyectores como los nuestros! —se extraño Ariadna.

—No, pero podían inventar algo parecido con una lámpara y una lupa y...

—¡Sí! ¡Como las sombras chinas!

Y esa tarde por un rato se olvidaron del proyector y se dedicaron a hacer figuras de perros y de diablos a la luz de las vinchas luminosas contra las paredes de Otroso.

Pero la idea echó raíces y empezó a crecer. Construirían una Linterna Fantasmagórica para meter miedo, una Linterna llena de monstruos, de diablos, de muertos, de horrores con dientes y colmillos y garras, que pintarían cuidadosamente en pedacitos de plástico transparente, chiquitos como un raviol, y que crecerían en ese gran cine que era Otroso hasta invadirlo todo, hasta hacer que los invasores se cagaran en las patas.

La Tere se ocupó del aparato. Hizo un dibujo esmerado y después una lista de las cosas que hacían falta, como si fuese una lista de la feria: una lámpara potente, de 200 wats por lo menos, un espejo cóncavo (eso no era problema, se sacaba de una linterna) y algunas lentes, una lente convexa, una cóncava, otras lentes más... y rueditas.

—¿Rueditas? ¿Para qué rueditas?

—Para que la Linterna Fantasmagórica se acerque y se aleje como una cámara. Así las figuras se van a agrandar de golpe y van a meter más miedo.

Esta Tere era increíble. ¿De dónde sabía tantas cosas?

—Y... de mirar... De mirar y de tocar. De desarmar todo, todos los aparatos.

Ariadna se dedicó a dibujar los monstruos en pedacitos de vidrio (algunos más grandes de la jarra rota de la banarina y otros que siempre andaban por ahí tirados, en alguna maceta, en los rincones del patio). Los pintó con esmalte de uñas, y con pinturitas de cuando era chica. Eran diablos y monstruos más bien rojos y violetas, un poco negros, caras de lobos malvados, cuencas sin ojos, garras uñosas. Mirándolos de cerca, eran monstruos ingenuos, infantiles, pensó Ariadna, pero, cuando fuesen enormes, cuando crecieran en la oscuridad, nada podría asustar más que ellos.

La lámpara hubo que comprarla (no tenían más remedio porque ya no podían tomar prestado nada de la ferretería). Las lentes del proyector sirvieron bastante bien, salvo una, que estaba rayada y no hubo modo de reemplazar. El changuito oxidado, que había estado arrinconado en el taller del padre de la Tere, les pareció una base bastante buena. Las ruedas, después de suficiente desoxidante y penetrit y aceite, resultaron excelentes, y el proyector rodaba estupendamente por el piso de la Gran Galería, silencioso y veloz.

—Vamos a ver cómo funciona —pedía el Batata, que era muy entusiasta de los ensayos.

—Primero hay que inventarse una pantalla que no parezca una pantalla. Porque la oscuridad ya la tenemos.

—Usemos el humo —dijo Hugo—. Como el que usaban los sacerdotes para engañar a los fieles.

—¡Eso! Es muchísimo más fantasmagórico. Van a parecer fantasmas de verdad. ¡Se van a cagar en

las patas! ¡Se van a cagar en las patas! —gritaba el Batata entusiasmadísimo, y corría al armórgano para arrancar algún acorde hondo y tenebroso.

Habrían querido un humo de esos que usan en el cine para los pantanos y marismas infernales, ese humo blanco y espeso, que brota del suelo y después se queda flotando en el aire, pero vaya uno a saber cómo se hace eso.

—Con pasto húmedo se puede hacer un buen humo, bastante blanco.

—Sí, pero no tan espeso.

Hugo habría querido el mejor humo del mundo (para él siempre todo estaba más allá de donde estaba). La Tere, en cambio, no se preocupaba mucho por el humo. Ajustaba la lente de aproximación.

—La cuestión va a ser conseguir un buen camarógrafo —dijo.

—¿Qué querés decir con eso?

—Quiero decir que para que los fantasmas asusten va a haber que hacerlos crecer de golpe y para eso tenemos que alejar de golpe el carro de la Linterna Fantasmagórica, pero al mismo tiempo, y justo a tiempo, enroscar la lente de aproximación, ¿entendés?

—Ni jota —dijo el Batata.

—Claro, porque, si no, la figura agrandada se sale de foco, se disuelve en el humo y no asusta a nadie.

El Batata no dijo nada más porque le daba no sé qué volver a decir que no entendía.

La Linterna Fantasmagórica estaba allí, entre ellos, de pie sobre sus cuatro ruedas de changuito, esperando convertirse en una máquina infernal... porque hasta ese momento parecía más inofensiva que un triciclo.

—Hay que probarla. Tenemos que ver si funciona —insistió el Batata.

—Tiempo al tiempo —dijo la Tere, a la que le gustaba que las cosas estuviesen bien hechas.

Tuvieron que dedicarle dos días más a la Linterna Fantasmagórica. El jueves decidieron probarla. Bajaron a Otroso más temprano que otros días. Ariadna traía sus diablos y sus monstruos encerrados en una cajita de fósforos vacía. Habían juntado pasto y dos cacerolas viejas donde hacer el fuego.

—Échenle un poco de agua al pasto —dijo Hugo—. Tiene que estar húmedo para que eche humo y no arda.

La Tere manejaba la Linterna. Al encender la lámpara algo de luz se colaba por las rendijas de la caja de zapatos que ahora hacía de proyector. La Tere se cubrió, ella misma y casi toda la cámara (salvo el agujero por donde se proyectaba la luz) con una manta.

—Parecés un fotógrafo de antes —dijo el Batata.

—Dame un monstruo, Ari —dijo la Tere.

Ariadna le dio al azar uno, cualquiera (pero después resultó uno de los más terribles).

En la cacerola, ubicada debajo del túnel que trepaba a la cocina, se quemaba lentamente el pasto húmedo y llenaba ese sector de la Gran Galería de un humo blanco y bastante espeso.

—No será el humo de *El pantano de los demonios malditos*, la que vimos el verano pasado en el Astros —dijo el Batata—, pero está bastante bueno.

Apagaron las vinchas luminosas. Todo Otroso quedó a oscuras. Se encendió la luz del proyector y en el humo blanco se recortó algo, un pequeño demonio, que se agitaba de arriba abajo y que de pronto creció bárbaramente, saturando con sus garras peludas y sus colmillos rojos todas las paredes de Otroso, trepándose

por el techo, cubriendo el aire con sus ojos violeta, con sus escamas inmundas.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó Ariadna, que no se había creído jamás capaz de tamaño monstruo.

Era difícil reconocer en esa figura traslúcida y amenazante al monstruito que había dibujado ella en un pedacito de vidrio más chiquito que un raviol.

—¡Genial! ¡Sos un genio, Tere! —dijo Hugo, y la abrazó como se abraza a un compañero.

Y la Tere se tuvo que sentir feliz de oírlo porque Hugo no era de los que andan por ahí diciéndole genial a todo el mundo.

—Hay que mejorar la imagen —dijo la Tere—. ¿No vieron que al agrandarse se me salió de pronto de foco? Tengo que coordinar mejor.

MÁQUINAS INFERNALES II: EL MAMOTRETO CONCUERNOS

Siempre que se habla del tema, don Braulio insiste en que el Mamotreto Concuernos era una especie de robot, pero yo no estoy tan seguro. En todo caso, uno habla por lo que a uno le contaron, ata cabos, junta detalles porque, como bien se sabe, el Mamotreto ya no está... o está todavía en Otroso, ni siquiera eso se sabe con certeza. "Pero andaba solo", dice don Braulio, "así que era un robot". En fin, a don Braulio no hay quien le saque las cosas de la cabeza. Yo lo dejo hablar, aunque yo mejor que nadie, por ser tan pero tan amigo de Ariadna, sé cosas que nadie sabe de cómo se fue haciendo el monstruo definitivo, el que más terror metió en el pecho de charol de la Patota de Florida.

"¿Sabés una cosa?", me dijo Ariadna un día en que tuvo ganas (con Ariadna es así: nunca pude hacerle hablar de Otroso, siempre tuve que esperar que ella hablase porque sí), "el Mamotreto no era muy alto. Ni siquiera era alto como una persona". Yo la escuchaba con atención, como siempre que consigo que volvamos a hablar de Otroso, con mi eterno anotador en la mano, y le seguí preguntando, pero ella nunca describe, nunca da precisiones, medidas, colores. No importa, me lo imagino bien, y casi podría jurar que fue como me lo imagino.

El Mamotreto Concuernos nació seguramente de un pedazo (un buen pedazo, un pedazo grande) del calefón que había estado arrinconado durante años en el taller del Chacho Díaz, cerca del Dodge (estaba claro que toda la familia, y también los amigos, consideraban que ese rincón del taller era el mejor lugar del barrio para guardar las cosas que nadie usaba). Apuesto a que el calefón fue el alma del Mamotreto, y, si no, que me expliquen por qué desapareció de donde estaba después de tantos años.

Al principio el Mamotreto no andaba, no se movía, porque el Mamotreto fue sobre todo invención de Ariadna y de Hugo, que trabajaban mucho, y también se reían mucho mientras lo construían, que se la pasaban probando ojos y orejas y narices y pelos y púas y cuernos (sobre todo cuernos, claro) pero que no sabían, como la Tere, hacer que las cosas funcionasen. De modo que el Mamotreto estuvo listo, horribilísimo, terrible, pero inmóvil hasta que a la Tere se le ocurrió aprovechar el motor de una lustraspiradora más antigua que no sé qué, que también estaba, por supuesto, en el taller.

Pero antes de la cuestión del motor –y, por supuesto, de la célula fotoeléctrica– ya Ariadna y Hugo le habían dado la cara que tenía que tener al Mamotreto.

Desde el primer momento supieron que tenía que tener forma de animal y no de máquina, como las que inventaba la Tere, así que se preocuparon por juntar pedazos de cueros y de pieles: el forro de corderito de una campera de cuando Hugo estaba en la primaria, un tapado muy apolillado que había sido de la bisabuela de Ariadna y que no se sabía por qué María Blanca había guardado y guardado durante años y había traído sonriendo a Ariadna el día en que la vio rebuscando en los cajones; un cuellito y unos puños de piel sintética, con

que María Cecilia, la mamá de la Tere, había querido adornar un tapadito de la hija en la época en que insistía en comprarle hebillas en forma de mariposa; un cuero de vaca que donó espontáneamente don Ángel y muchísimos recortes de astracán y de nutria que entregó en un atadito Anita, la modista de la vuelta, cuando Ariadna vino a pedirle pieles (sin preguntar nunca para qué eran). En fin, la cuestión es que, una semana después, el corazón de calefón del Mamotreto estaba totalmente recubierto de pieles, cosidas con esmero por Ariadna y por encima, de entre las pieles, ya empezaba a nacerle la cabeza.

—Tiene que ser una cabeza feroz —decía Hugo buscando entre el montón de desechos que habían ido juntando en la Gran Galería.

—Sí —decía Ariadna—, feroz… pero un poco triste.

—¿Por qué un poco triste? —se sorprendió al Batata, que dejó por un momento lo que estaba haciendo (ajustes en el armórgano para que sonara con el violín que el padre le había prestado y hasta le había enseñado un poquito a tocar)— ¿Por qué un poco triste? Si lo que queremos es que se caguen en las patas…

Ariadna y Hugo no contestaron: no toleraban intervenciones cuando se trataba del Mamotreto. Trabajaban juntos y se entendían en el trabajo: el Mamotreto era sobre todo de ellos.

—Vos, callate —dijo Hugo—, callate y seguí tocando el violín, que, al fin de cuentas, tan mal no lo estás haciendo.

La misma campana del calefón, invertida resultó una excelente cabeza. Por el frente era un cono al revés, con una frente enorme y un mentón fino, que se enganchaba en el cuello sobre el cuerpo atrozmente peludo de

Mamotreto. Por detrás, en cambio, estaba hueca, pero no importaba demasiado porque todavía quedaban restos de pieles y, en todo caso, quedaban vecinos en Florida a los que uno podía pedirles más pelos.

Calculo que entre la primera y la segunda entrada de la Patota no pudieron haber pasado más de quince o veinte días. Sin embargo, pareció un tiempo muchísimo más largo.

En Otroso la actividad era muy intensa. En esas dos semanas se terminó la Linterna Fantasmagórica, se construyó la Máquina del Trueno y se hizo el Mamotreto Concuernos. Tenían la sensación de que hacía años que trabajaban en eso, y hasta podría decirse que crecieron, que crecieron notablemente en esas dos semanas. Incluso fueron cambiando algunas costumbres. No volvieron a pensar en la banarina, por ejemplo, no solo porque la Patota les había roto la jarra en la que siempre, desde el primer día del brindis y el juramento en la Gran Galería, la habían volcado, sino además porque ya no les apetecía como antes. Preferían el mate, a veces dulce, a veces amargo. Hugo ya no se pasaba como antes las horas sobre los mapas. Era evidente que el momento de la construcción se había terminado y que ahora se precipitaban los acontecimientos. Ariadna tampoco volvió a intentar adaptar una nueva planta a la oscuridad de abajo, tal vez porque le dolía demasiado el recuerdo de las hojas del malvón manso pisoteadas por las botas, pero tal vez también porque sentía que ya no había tiempo para una tarea de jardinero: era el tiempo de la guerra. La Tere había descubierto que construir máquinas era lo más maravilloso del mundo y las máquinas empezaron a ser para ella más importantes que Otroso, y hasta me animo a decir sin exagerar, que hablaba más con su padre de los problemas técnicos de

la construcción que con los demás de la Patota y de la guerra. El único que seguía, como siempre, aferrado al armórgano y a los sonidos era el Batata, que siempre había sabido lo que buscaba en Otroso.

En Florida también se tejen cosas. Por ejemplo, una red

Pero no solo en Otroso esas dos semanas parecieron un tiempo largo: también en la superficie, en el barrio, las historias de Otroso y de los posibles, y hasta seguros, enfrentamientos con la Patota habían terminado por interesar tanto a todos (o a casi todos), habían invadido a tal punto las conversaciones, que cada día era un larguísimo ir y venir de información cierta y de rumores falsos: que de un momento a otro el Mamotreto iba a salir a la luz del día, que la Patota estaba acampada por algún lugar ahí cerca, preparando el ataque, que los destellos que se habían visto la noche anterior contra el paredón amarillo de maxiglás tenían que haber sido de la Linterna Fantasmagórica. Todos hablaban sin saber demasiado. Y estoy casi seguro de que pocos sabían, como yo, que la batalla iba a ser –como debía ser– abajo, en Otroso, y no arriba, en el barrio.

Eso no quería decir que uno no pudiese participar, de una u otra manera.

El cuero de vaca de don Ángel o los recortes de astracán de la modista no fueron la única ayuda. Se sabe que el Chacho Díaz (que en el fondo, creo, se moría de ganas de visitar aunque más no fuese una vez Otroso) colaboró mucho en ajustar el funcionamiento

del motor del Mamotreto y, sobre todo, en adaptar la célula fotoeléctrica (aporte de Horacio, el electricista de la esquina) para que dirigiese las embestidas del Mamotreto por los corredores de Otroso. Tampoco es un secreto para nadie que Leonardo Berenstein, que al principio formaba parte del grupo de los distraídos, como quien no quiere la cosa se había ido metiendo en el bando de los defensores, y más de una vez le ofreció un poco de plata a Hugo, "por si tenés algún gasto extra", y que esa plata sirvió para comprar baterías, que duraban poco y eran carísimas, y sin las cuales el Mamotreto no habría podido avanzar ni medio metro.

Clara Berenstein, entretanto, montó un servicio de espionaje formidable. En cuanto notó que nada de lo que dijese o de lo que hiciese iba a impedir que su hijo siguiese yendo y viniendo de Otroso, y que tampoco, por mucho que implorase y se enojase, iba a enterarse jamás de dónde estaba Otroso, de cómo era, de la clase de vida que llevaban allá abajo, decidió aliarse decididamente con el bando de los que apoyaban y pelearse a muerte –en la cola de la feria, en la cola del banco, en la cola del almacén– con todos los que criticaban a Otroso y cuestionaban ese brote de fantasía en el barrio. Tampoco estaba dispuesta a pasarse la vida en la tienda de Zucotti escuchando rumores y fabricando otros. Estaba decidida a actuar.

Vaya uno a saber cómo se le ocurrió el asunto ese de la red de espionaje. Tal vez por las historias que le había contado su padre de la resistencia en Praga, o en Ámsterdam o en Viena en los tiempos de la guerra (porque, cuando ella era chica, siempre se contaban esas historias en la familia). Tal vez fue eso, pero la cuestión es que armó una red de espionaje casi perfecta, y perfectamente disimulada, en la que todos los defensores

de Otroso pudieron participar y que siempre fue un verdadero misterio tanto para el bando de los detractores como para el bando de los chismosos, que nunca le habían inspirado suficiente confianza y a los que jamás habría sugerido entrar en la trama.

Se pasó dos o tres días tanteando bien a la gente, averiguando quién podía ser un incondicional y quién, en cambio, era un dudoso. En tiempos de guerra, decía, había que ser precavido: los dudosos tenían que quedar irremediablemente afuera.

No tardó en reclutar un grupo suficiente: don Braulio, Ángel, la abuela Hernández –que resultó un correo excelente, del que nadie jamás sospechó–, yo y Anita, la modista. En fin, suficientes. Al padre de la Tere, aunque estaba muy al tanto, lo dejó un poco afuera porque ya bastante tenía con los problemas técnicos de las máquinas y el monstruo. Tampoco lo incluyó a Tomasini, a pesar de que se podía contar con su lealtad segura porque era distraído y soñador, sentenciaba, y posiblemente olvidara los mensajes. Y aunque yo discutí un poco el asunto (porque me parecía que, precisamente por ser distraído y soñador como era, el padre del Batata podía ser un espía excelente), Clara Berenstein no me dejó avanzar. Y dejó bien en claro que yo podía publicar lo que se me antojase en *La Gaceta de Florida* pero que la red de espionaje era un invento de ella, y que esperaba de todos nos subordináramos sin chistar.

Me acuerdo de la primera reunión que tuvimos, en la trastienda del quiosco de Ángel, que fue siempre nuestro lugar de reunión (como la tienda de Zucotti era el de los chismosos). La abuela Hernández era bastante vieja y temblaba un poco. Sin embargo, era más lúcida que nadie, me parece, y pescaba las cosas

al vuelo. Enseguida se ofreció para buscar los primeros datos en la calle Lavalle.

Hasta el momento en que empezó toda esta historia, la calle Lavalle había sido un calle como tantas otras del barrio de Florida, pero últimamente resultaba una calle muy especial, una calle clave (como dirían en las novelas policiales), y eso por varios motivos: primero, la casa de Renner –sin lugar a dudas uno de los capitanes del ataque contra Otroso (se sabía que había hecho el amago de una denuncia en la policía porque consideraba peligrosísima la existencia de un lugar privado y secreto dentro del barrio)– estaba en la calle Lavalle; segundo, en Lavalle, casi esquina Warnes, vivía Olga, la profesora de piano, que había sido desde el primer día enemiga a muerte de Otroso y difusora, junto con la mujer de Yáñez, de todo tipo de calumnias, que me niego siquiera a repetir, destinadas a desprestigiar las acciones de la resistencia; y tercero, por razones que nadie se explicaba muy bien, la Patota solía rondar por la calle Lavalle. A veces era solo un destello de motocicleta con una espalda charolada que apenas se entreveía en la esquina; otras veces, alguna tira de cuero de las que usaban en los tobillos tirada en la vereda. Signos. Apenas alguno que otro signo. Porque está claro que la Patota seguía siendo un misterio y que nadie, absolutamente nadie, sabía dónde vivía, si comía o dormía en alguna casa del barrio de Florida, si se cepillaba los dientes, si tenía un inodoro, una almohada, alguien que le lavara las medias.

Averiguar qué iba a hacer la Patota era una empresa difícil, casi imposible, se podría decir. Nunca nadie antes había podido seguirle el rastro. Y por mucho que en la feria se hablase de que tal vez tal o cual podían estar escondidos debajo de los cascos y adentro de las

botas, lo cierto es que eran solo sospechas, y sospechas sin asidero muchas veces.

Empezar por la calle Lavalle era una manera de empezar. Una manera cualquiera. No sabíamos si nos iba a servir, pero tal vez, pensábamos, tuviésemos suerte de juntar algún dato, algo que nos permitiese alertar a Otroso del segundo ataque. (Ahora que lo pienso, eso fue lo único que pudimos hacer los espías por Otroso: alertarlos del último ataque. Y sin embargo sigo sintiendo que valió la pena).

La abuela Hernández salió con su bolsita de red a recorrer el barrio. A nadie le sorprendió mucho verla porque solía salir a cada rato a vender huevos. (La abuela Hernández era nuestra proveedora oficial de huevos, no solo porque tenía un gallinero –el último que quedaba en Florida–, sino porque sus quince gallinas, y nadie sabía cómo hacía para convencerlas, solían poner más huevos que las gallinas comunes, de modo que siempre había en su casa docenita y media para salir a vender).

Al mediodía volvió con una noticia que no sé bien por qué pero a todos nos pareció muy alarmante: vio salir a Jaramillo, el padre de Rosita, de la casa de los Renner, con cara decidida y abotonándose el saco. Esto puede ser que no les parezca sorprendente a los de otros barrios, pero a cualquiera que viva en Florida le tiene que llamar la atención. Renner y Jaramillo, aunque eran los dos miembros del mismo club (el Club de los Ricos del Barrio, que tiene muy pocos socios), y tenían los dos chalets con techo a dos aguas de pizarra azulada y los dos un auto importado en la puerta, nunca habían mantenido buenas relaciones. Supongo que Jaramillo tendría algunas cosas que reprocharle a Renner. Al menos todos nosotros conocíamos el contenido de uno de sus reproches: Renner no lo había invitado a la

inauguración de su pileta de natación el verano anterior. Ni a él ni a ningún vecino del barrio, por supuesto. Para Jaramillo eso fue imperdonable, sobre todo teniendo en cuenta que él siempre había visto con buenos ojos la compañía que solía hacerle a su hija Ricardo Renner, al que consideraba un buen muchacho. Pero supongo yo –y para más datos se puede consultar el editorial del número tres de *La Gaceta,* "Quién es quién en el barrio de Florida"– que a su modo también Renner tenía cosas que reprocharle a Jaramillo. Para Renner, que era gerente general de una compañía importantísima que tenía más de cinco hectáreas de fábricas del otro lado de la avenida, Jaramillo apenas si era un comerciante de barrio, emprendedor sí, rico también, pero sin futuro, o al menos no destinado como él a recorrer el mundo y salir definitivamente de ese pueblito ridículo que era Florida. Por otra parte, a Renner lo ponía muy nervioso la predilección que parecía sentir su hijo menor, Ricardo, por Rosita Jaramillo, siempre sonrosada y medio estúpida, pensaba, como la madre. La aparente cordialidad y la auténtica discordia que había entre Renner y Jaramillo formaban parte de las reglas de juego del barrio, algo a lo que estábamos acostumbrados todos desde siempre. Una relación de otro tipo nos habría sorprendido tanto como que pasase un jueves entero sin que se hiciese ver el linyera.

En fin, que cuando la abuela Hernández nos contó, con cara de susto, que en algo andaban mezclados Renner y Jaramillo, todos nos hicimos cargo de que había un peligro seguro en puerta.

Clara Berenstein consideró que Mimi, la mamá de Rosita, que era tan blanda, podía servirnos para averiguar algo de lo que estaba sucediendo. La delegada fue otra vez la abuela Hernández, que nunca como esa

mañana caminó las calles de Florida. A la madre de Rosita no la sorprendió en absoluto la visita porque era común que la abuela le ofreciese los huevos a ella antes que a nadie, un poco porque en esa casa siempre había dinero para pagarlos y otro poco porque la abuela Hernández quería a Mimi y sentía un poco de lástima por ella, con esa cara redonda y sonrosada, desde los tiempos en que Mimi era una niñita que jugaba a la rayuela en la vereda frente a su casa.

De la conversación entre la abuela Hernández y Mimi Jaramillo no tengo datos. Parece que no fue fácil averiguar cosas, y eso por el simple hecho de que Bautista Jaramillo no le comunicaba sus decisiones a Mimi sino cuando ya todo estaba resuelto y en marcha. Pero lo que sí contó la abuela Hernández cuando volvió al quiosco es que por un momento entrevió a Rosita, que estaba escuchando en el pasillo.

Dos días después no sabíamos más de lo que había averiguado la abuela el primer día: Jaramillo y Renner algo se traían entre manos, tenían negocios juntos. Y lo habíamos confirmado porque por la noche, Anita, que se quedaba cosiendo hasta muy tarde y cada tanto espiaba por entre las tablitas de la persiana baja por si pasaba la Patota, no vio a la Patota pero, en cambio, lo vio a Renner salir de lo de Jaramillo. Eso era, si es posible, más extraordinario aún que lo inverso.

Al día siguiente, Clara Berenstein le comunicó nuestras sospechas a Hugo: era la primera colaboración que la red de espionaje le hacía a Otroso.

Máquinas infernales III: culminación del Mamotreto Concuernos

Pero en Otroso había otro ritmo, otras preocupaciones, otra manera de esperar lo que iba a venir.

La construcción del Mamotreto Concuernos estaba ya muy adelantada. La cabeza, terrible –y también un poco triste, como quería Ariadna–, era casi imposible de mirar. A todos les recordaba un poco a un toro, incluso antes de que le nacieran los cuernos. De la frente, cubierta con trozos diminutos de pieles innumerables, cuidadosamente pegadas con cemento a la campana del calefón, cerca de los ojos, en los que Ariadna había trabajado días y días con esmalte fosforescente que le había regalado Hilda Frumkin cuando ella salió por el barrio a pedir pintura, como antes había salido a pedir pelos, empezaron a nacerle al Mamotreto unos cuernos largos, larguísimos y demasiado delgados para parecerse a nada, porque no eran sino trozos del alma de hierro de unas vigas truncas del edificio a medio levantar de la calle Güemes (que iba a ser increíblemente alto y que, en cambio, nunca se alzó más de cinco o seis metros del suelo). Resultaban, como cuernos de toro, extraños y también un poco ridículos (cosa que a Ariadna no le pareció mal porque encontraba que se condecían con la fealdad y la tristeza de los ojos). Lo

ridículo estaba en la forma –tan larga, tan flaca–, y también en la deformidad, porque esas vigas, las únicas que habían podido arrancar, medio oxidadas y por eso quebradizas, estaban ya retorcidas de manera extraña y terminaban siendo un par de cuernos desparejos, asimétricos y absurdos.

Sin embargo, el efecto general parece que era asombroso. Tal vez sea una suerte, en el fondo, (aunque a todos nos dé un poco de envidia) que nadie sino los que bajaron a Otroso –incluida la Patota, por supuesto– haya visto al Mamotreto Concuernos como fue (como es, en una de esas). Se me hace que el Mamotreto, fuera de Otroso, bañado por la luz de una siesta soleada en Florida no habría podido seguir siendo lo que era, porque en una de esas el óxido, los grumos de la pintura, las abolladuras del alma del calefón, los bordes de las pieles recortadas con tijeras, en fin, sus orígenes, se habrían hecho evidentes con tanta fuerza que habrían terminado por ocultar al Mamotreto como realmente es: el monstruo, el triste y terrible monstruo que recorre incansablemente los pasillos del Laberinto de Otroso.

Ariadna y Hugo sentían que habían trabajado tanto en el Mamotreto que ya nada más podían hacer por él. Cuando lo dieron por terminado, lo miraron un largo rato, y Ariadna, disimuladamente, le acarició el lomo. Para ellos el Mamotreto era eso que había llegado a ser.

A la que se le ocurrió la idea de que el Mamotreto se moviera de acá para allá, que anduviera, aunque más no fuese lentamente por los corredores, que embistiera con los cuernos, fue a la Tere, por supuesto.

Entusiasmada como estaba con las máquinas y alentada por el éxito de la Linterna Fantasmagórica, que no solo metía miedo sino que también era una excelente

obra de ingeniería, no podía soportar que el Mamotreto fuese solo un monstruo inmóvil.

Me gustaría poder explicar en detalle cómo fue que adaptó el motor de la vieja lustraspiradora al carrito que improvisó en el taller del padre y luego trajo triunfalmente a Otroso, cómo instaló las baterías y cómo finalmente consiguió (aunque nadie discute que Díaz tuvo que haber sido el técnico principal en eso) que la célula fotoeléctrica de una puerta automática terminara ordenándole al Mamotreto cuándo embestir desesperadamente.

Las rueditas estaban montadas sobre rulemanes, seguramente, porque el Mamotreto, dice Ariadna, giraba sin dificultad y avanzaba pegado a las paredes de los corredores (el ancho de su base era prácticamente de la misma medida que los corredores enredados y sólo levemente más angosto que algunos tramos del Canal del Terraplén. Como la base era circular, cuando se abría algún nuevo corredor en la pared, el Mamotreto se internaba por él, y de ese modo recorría infatigable e imprevisible el Laberinto de Otroso). Para eso no hacía falta el control remoto que la Tere insistía en colocarle y que Hugo y Ariadna le negaron siempre ("él sabe lo que hace", le decían). Bastaba con encender el motor, que hacía un ronroneo suave, un poco asibilado, que a nadie llamaría la atención en una lustraspiradora, pero que resultaba especialmente inquietante en un monstruo, bastante amortiguado por la carcaza del calefón y las muchas capas de pieles que lo cubrían. La llegada del Mamotreto se anunciaba con un sonido característico, propio, único, que estaba destinado a erizar los pelos de la Patota de cuero.

Muchísimo más difícil fue, en cambio, conseguir que el Mamotreto embistiese. En primer lugar,

porque había que resolver el movimiento de esa cabezota pesada, coronada por los cuernos desparejos. En segundo lugar, porque había que hacer embestir cuando correspondiese, cuando el enemigo estuviese al frente, y no locamente y en todo momento, lo que le habría dado aspecto de títere espástico.

Es difícil creer que la Tere haya podido sola con tamaña empresa. Yo lo que sé es que el Mamotreto embestía, y embestía cuando el enemigo estaba enfrente. También sé que sus embestidas eran feroces y hasta peligrosas, porque las varillas de hierro de las vigas, absurdas como parecían cuando el Mamotreto estaba quieto y en silencio, se volvían temibles en el momento de la embestida, un movimiento único, violento, frontal, que habría podido dejar ensartado a cualquiera. Se me hace que el Chacho Díaz ha de haber trabajado hasta altas horas de la noche en el diseño del cuello, que tuvo que incorporar el mecanismo de pistón que sale y vuelve a entrar en un movimiento brusco de resorte. Y sospecho que no sólo el Chacho Díaz anduvo metido en esto: era común que hubiese tres o más reunidos en el taller, con la persiana baja y la luz encendida (Clara Berenstein los llamaba "Batallón de Ingenieros").

En fin, que por genial que sea la Tere, es impensable que se las haya arreglado sola. Sin embargo, lo del Batallón de Ingenieros son solo sospechas nuestras, suposiciones. En realidad, nunca ninguno dijo jamás una palabra ni se vanaglorió de haber tenido que ver con la construcción del Mamotreto, y eso que, con el tiempo, todos en el barrio querían hacer creer que habían tenido mucho que ver en todo, de tan famosa que se volvió la historia.

Pero un día el Mamotreto estuvo listo. "Era increíble", me contó Ariadna con un dejo de nostalgia,

"como si la cabeza se le arrancara del cuerpo por un instante, solo por un instante, y luego volviese a su sitio". Y ha de haber sido extraño, digo yo, que una bestia tan pesada, tan llena de pieles, pudiese ser veloz de pronto, como un relámpago.

Hay cosas que me cuesta reconstruir, entender... Al fin de cuentas, yo nunca estuve en Otroso.

Un punto atrás: Rosita

Todos opinan que con Rosita pasó lo que pasó por Aniceto. Si no, jamás se habría animado a hacer lo que hizo, con esa sonrisa tímida y esa cara de ramo.

A Aniceto le habían hecho una tumba en el terraplén del tren, porque pensaron que era el lugar donde más le habría gustado quedarse. No demasiado cerca de la entrada al canal de emergencia, pero, según dicen, tampoco demasiado lejos (es imposible determinarlo con precisión porque si bien la tumba de Aniceto todavía está y dos por tres aparece con una aceituna encima, la entrada al canal hace muchísimo que está cegada y no queda ni el menor rastro, entre las plantas de hinojo, del sitio donde pudo haber estado). De todas las personas del barrio, solo Rosita y a veces Mimi, la madre de Rosita, iban a visitarla.

Un día el Batata pasó (venía del dentista y cruzó por el paso peatonal, que le gustaba más que la barrera porque le parecía más misterioso, con esa escalerita que bajaba y después subía) y la vio a Rosita al lado de la tumba. Plantaba algo con una palita de juguete. Seguramente el tomillo, que todavía crece vigoroso, y en recuerdo tal vez de los gustos de Aniceto, que sólo ella entre todos conocía bien, y que tenían que ver con

algunos olores: el del tomillo, el del hinojo, el de las aceitunas... El Batata pasó de largo, sin mirar demasiado.

Cuando esa tarde contó, en Otroso, que la había visto a Rosita en el terraplén, junto a la tumba, todos sintieron el estómago achicado y triste. Rosita había estado en Otroso desde siempre, y ahora estaba afuera. Suponían que los había traicionado, pero nunca habían vuelto a hablarle, y el día en que avanzaron por el Corredor Número Tres con intenciones de tapiarlo definitivamente, se dieron cuenta de que Rosita se les había adelantado: el último tramo estaba bloqueado con piedras, hojas secas, pedazos de madera, tierra: el desordenado montón con que alguien decidido pero no muy hábil había negado para siempre el regreso.

"A mí cuando la vi me dio algo, no sé qué", me dijo el Batata una tarde, no hace mucho. "No sé qué me dio. Me dio pena". "Si, una pena azul, ¿no es cierto?", dije yo (porque puedo imaginarme esas penas). "¿Azul? No sé si era azul... Podría ser. Pero azul ultramar, no. Azul cobalto".

Pero, salvo esa imagen de Rosita plantando el tomillo en la tumba de Aniceto, y salvo tal vez ese relumbrón que tuvo la abuela Hernández cuando fue a la casa de los Jaramillo, nada hacía pensar que Rosita estuviese decidida a actuar, y mucho, en esta historia.

La primera que se dio cuenta de que Rosita podía convertirse en una aliada extraordinaria para nosotros fue Clara Berenstein. Por alguna razón un poco mágica, que nunca pude explicarme, ella siempre sabía si alguien era de un bando o de otro bando, si uno podía o no podía confiarle.

El día en que nos dijo que había que incorporar a Rosita a la red le dijimos que nos parecía una locura, que buscar un aliado en la casa de los Jaramillo, y una

chica tan tímida, tan insegura, más aún, posiblemente la delatora de la intimidad de Otroso (a nadie se le escapaba que Rosita había vivido un romance con Ricardo Renner, al que nadie podía decir que hubiese visto con campera de charol pero que siempre andaba medio empastado con la Patota), era una locura, y una locura peligrosa, que podía terminar por quebrantar del todo la red de espionaje.

Solo la abuela Hernández estuvo de acuerdo con ella. Resolvimos hacer un tanteo muy prudente. Clara Berenstein anduvo yendo y viniendo por el cruce peatonal (según ella, de su casa a la casa de su amiga Antonia, pero en realidad era mentira) hasta que se topó con Rosita, que volvía de la tumba de Aniceto, como casi todos los días.

A veces, cuando leo una novela, me da envidia lo mucho que sabe el que la cuenta (porque hay que reconocer que los que cuentan historias en general lo saben todo, hasta los sueños y los suspiros y los engaños de los personajes). No es mi caso, lamentablemente. De esta historia yo cuento lo que sé, lo que me contaron, lo que supongo, lo que imagino. Pero de la charla sin duda larga, sin duda interesante que hubo entre Rosita Jaramillo y Clara Berenstein, nada puedo decir. Nada de nada. Porque lo único que nos dijo Clara Berenstein esa tarde, en el quiosco de Ángel, fue que Rosita se unía a nosotros y que, desde el día siguiente, vendría a las reuniones.

No puedo negar que me dio rabia que nos lo comunicara, sin consultarnos y, sobre todo, sin contarnos los pormenores: la historia esta de Otroso, sus amigos y sus enemigos se había metido tan hondo en mi vida que casi no podía pensar en otra cosa, me crecía por adentro como un árbol y me iba invadiendo poco

a poco. Y hay una rama –la de cómo, con qué palabras, Clara Berenstein logró que Rosita se acercara a nosotros, decidida a todo– que me falta, que se me escurre cuando quiero treparme a ella. Y no es la única espina que me quedó clavada; también la del juicio. Estoy esperando con ansiedad la aparición de la *Crónica objetiva:* quiero saber si es cierto, como dicen algunos, que Ramiro Tessani tiene información que yo no tengo sobre todas estas cuestiones.

Una semana después, cuando vi a Rosita salir del cine de la avenida con Ricardo Renner, sentí que todo estaba perdido, y me pasé las cinco cuadras hasta el quiosco de Ángel murmurando contra la imprudencia de Clara. La abuela Hernández me convenció de que yo estaba equivocado: al fin de cuentas, me dijo, no es fácil descubrir a un espía. Tal vez tuviera razón, pero me irritaba darme cuenta de que yo, por momentos, sabía menos que otros de lo que estaba pasando en esta que, sin embargo, no puedo menos que considerar mi historia.

Dice el Batata que el día en que Hugo bajó con la noticia de que Rosita no solo era miembro importante de la red de espionaje sino que estaba dispuesta a defender a Otroso hasta las últimas consecuencias, la Tere se puso a llorar encima del Mamotreto Concuernos, al que le estaba haciendo algunos ajustes finales en el cuello. (Tal vez la Tere se sentía demasiado sola, pienso yo, entre las máquinas y su padre, ahora que la madre estaba tan lejos de ella y Rosita se había perdido para siempre).

Máquinas infernales IV:
La Máquina del Trueno

Siempre creí que llamar "máquina" a la Máquina del Trueno era un verdadero exceso. El Batata siempre la llamó así, tal vez porque estaba convencido de que merecía un nombre fuerte, como el de la Linterna Fantasmagórica, al menos, si no tan fuerte como el del Mamotreto Concuernos. Pero la Máquina del Trueno, de máquina, no tenía nada. Era apenas un sistema de explosiones, muy perfeccionado, eso sí, y muy preciso, que sonaba tremendo en los grandes huecos de Otroso, pero máquina lo que se dice máquina no era.

La idea, la preparación y el perfeccionamiento corrieron exclusivamente por cuenta del Batata, que, además de su pasión por los instrumentos musicales y por los sonidos nuevos, amaba extraordinariamente los petardos y los fuegos artificiales, y siempre, en Año Nuevo, era el as de los rompeportones y las cañitas voladoras y los buscapiés y las bombas de estruendo y, alguna que otra vez, cuando había conseguido un poco de plata, las ruedas, las luces de bengala y las fuentes de chispas que iluminaron por unos pocos segundos el cielo de Florida.

Un día se vino con una cajita de cohetes. En cuanto hizo estallar el primero, todos se dieron cuenta de que el efecto era notable, con grandes posibilidades.

Porque el sonido, en lugar de explotar y achatarse enseguida, como sucedía cuando los tiraban en la vereda, se prolongaba, se ahondaba en un retemblor que hacía vibrar todo Otroso y que se repetía como eco en los corredores. El Batata estaba exaltado, feliz como cuando del armórgano salía algún acorde especialmente raro e inquietante. Así, con esa sencillez, nació la Máquina del Trueno, que el Batata quiso que fuera del Trueno y la Lluvia de Estrellas –un nombre mucho más fantasioso–, pero que terminó siendo sólo del Trueno porque la lluvia de estrellas, bengalas, y cañitas voladoras se deshacía demasiado pronto en el techo abovedado de Otroso. Después de reconocer que para los fuegos artificiales era necesario un cielo, el Batata se consoló con los ruidos, que, al fin de cuentas, eran lo que más le interesaba.

A partir de ese primer estallido, el Batata se hizo cargo de la construcción de la Máquina del Trueno con entusiasmo y a conciencia. Trajo una caja chayera (préstamo de la profesora de música del colegio, que, aunque no vivía en Florida, estaba bien al tanto de la cuestión de Otroso y colaboraba en lo que podía con el bando de los defensores) y recorrió minuciosamente todo Otroso ensayando el efecto que hacían los sonidos en los distintos recovecos y ámbitos de la Gran Galería y de cada uno de los corredores enredados y de los canales de emergencia. Descubrió, por ejemplo, que si el sonido nacía en el extremo del Corredor Número Tres –el que antes conducía al jardín de Rosita y que ahora terminaba en un montón de tierra, piedras y hojas secas–, el sonido reaparecía casi simultáneamente en el Canal del Terraplén, se repetía luego, diferido, en los Corredores Uno y Dos y llegaba adormecido a la Gran Galería.

Mientras la Tere ensayaba con la Linterna Fantasmagórica y después fijaba la célula fotoeléctrica en

la frente del Mamotreto Concuernos, mientras Ariadna y Hugo cosían trozos de pieles al lomo del monstruo y luego lo acompañaban de ida y de vuelta en sus primeros y tímidos recorridos por los corredores, el Batata se ocupaba del sonido, y alternaba las exploraciones de la caja chayera con los ensayos en el armórgano, al que le agregaba de a ratos el rarísimo y quejumbroso sonido del violín, que sobrecogía el alma y que sonaba tan bien –decía Ariadna– con los ojos feroces y tristes del Mamotreto Concuernos.

Para la época en que los de la red de espionaje estuvimos casi seguros de que en cualquier momento se iba a producir el ataque, en Otroso ya estaba, cuentan, todo listo: las imágenes, los sonidos y el monstruo.

El pelotón busca y encuentra lo que no busca

El día en que apareció el primer agente de policía en la puerta de la casa de Jaramillo no fuimos muchos los que nos sorprendimos. La mayoría imaginó, tal vez, que venía a vender las rifas de la Cooperadora, como otras veces. Y de los que pasaban por ahí en ese momento sólo la abuela Hernández, que hacía su ronda habitual con la bolsa de huevos, lo consideró un hecho alarmante y se apuró a reunirse con Clara Berenstein.

Esa tarde hubo asamblea de urgencia en el quiosco de Ángel. Para las cinco y media, Rosita –que resultó una espía sumamente discreta y muy eficiente– ya había reunido toda la información que hacía falta: Jaramillo y Renner –los dos juntos– habían radicado una denuncia en la comisaría del barrio por "actividades ilícitas, insólitas y encubiertas".

—Contra la Patota —supuso don Braulio (hay que reconocer que don Braulio es un poco ingenuo).

—No, contra la Patota, no —dijo Rosita—. Contra Otroso. Contra Otroso y su gente.

Íñiguez, el comisario, que no podía dudar ni por un momento de la buena fe y de la inmejorable información de vecinos tan influyentes como Renner

y Jaramillo, había comenzado por mandar un primer agente, García...

—Sí, García, el que juega de arquero en el Deportivo Juan B. Justo, ¿te acordás, Braulio? —dijo Ángel.

...pero no titubearía en mandar todo un pelotón en cuanto pasaran dos o tres días más.

—Van a buscar hasta debajo de las piedras —dijo Rosita, tal vez (pienso yo) acordándose de la antigua entrada a Otroso desde el fondo de su jardín, un lugar adonde a la policía jamás se le habría ocurrido ir a buscar porque nadie podía imaginar que una chica como ella, y con esa cara de ramo sonrosado, fuese capaz de cavar –como ella había cavado– el camino de Otroso.

Esta pudo haber sido la oportunidad, nuestra única oportunidad de enterarnos de dónde estaba Otroso, pero Rosita no estaba dispuesta a revelar nada, nunca mas a nadie. Se había envuelto sobre ella misma como una piedra, para golpear y castigar, no para abrirse y mostrar. Y aunque ella tuvo que notar que todos esperábamos que nos revelase el secreto, no nos dijo nunca nada.

Cinco días después, cuando los policías ya eran siete y andaban por la calle, a veces sueltos y otras veces juntos, en bandada, mirando a un lado y a otro, con cara de buscar sospechosos, en el quiosco cayó la noticia de que iban a buscar primero "en la casa de la loca".

Fue don Braulio el que trajo la novedad porque escuchó el mensaje que le pasaba el policía de Agustín Álvarez al policía de Warnes por el walkie-talkie cuando descargaba las bolsas de zanahorias de la chatita.

Todos sabíamos, por supuesto, cuál era la casa de la loca.

Teníamos que transmitir el mensaje cuanto antes, pero era mala hora: los dueños de Otroso no

estaban en sus casas. En la de Ariadna, en la cocina de baldosas levantadas, estaba sólo María Blanca de González, o sea, la loca.

A veces pienso que si por un solo momento hubiésemos supuesto, imaginado, que ahí estaba la entrada principal, la primera, a Otroso, el desasosiego habría sido tan grande que no habríamos podido actuar, movernos siquiera de la trastienda del quiosco. Pero ese día no sabíamos casi nada y pensábamos que en la casa de Ariadna podían encontrar pistas, datos, tal vez planos, no baldosas levantadas y una escalera que bajaba al corazón de Otroso.

Esa fue la primera vez que entré a la casa de Ariadna porque para ese entonces, Ariadna y yo nos conocíamos poco y apenas si cruzábamos dos o tres palabras cuando nos encontrábamos por la calle.

Ese día María Blanca estaba bien, me parece. Canturreaba como siempre "Se va, se va la barca..." y deshacía pedazos de pan duro en la leche para hacer un budín. En una hornalla empezaba a echar humo un jarrito enlozado y la cocina toda olía a azúcar que se vuelve caramelo.

Me hizo pasar porque me conocía del barrio, y también porque, como era loca, nunca desconfiaba de nadie.

Me senté en el banquito de la cocina para mirarla hacer y para hacer tiempo mientras venía Ariadna (eso al menos le dije, como si hubiese hecho falta decir algo, porque lo mío, lo que me habían encomendado, era una especie de guardia, por si llegaba el pelotón antes que Ariadna). Me resulta tan extraño pensar que ese día estuve sentado encima de Otroso, que las suelas de mis zapatos estuvieron encima de la primera, de la famosa baldosa que la Tere había despegado con tanta prolijidad del suelo...

Primero llegó el pelotón (eran siete) y, detrás del pelotón, llegó Ariadna.

Cuando llegaron, María Blanca siguió haciendo el budín de pan, como si nada, revolviendo el caramelo, untando después una pírex, pero tuve la sensación de que algo en el aire que la rodeaba se había transformado.

Me alegré de que al pelotón policial no le sorprendiera demasiado mi presencia. Tres de ellos al menos eran del barrio, y en el barrio todos sabían que yo andaba siempre detrás de alguna historia, que me gustaba que me contaran cosas, casos, anécdotas. Por razones de oficio –García no se perdía ni un número de *La Gaceta* desde el día en que relaté con detalle la estupenda zambullida con que salvó el gol, casi cantado, del equipo de Cetrángolo–, no era extraño que estuviese en la casa de la loca, esperando los acontecimientos y con el anotador en la mano.

Ariadna, cuando llegó, me miró a mí y miró al cabo que había quedado de pie junto a la puerta de la cocina que daba al patio (el resto del pelotón se había dispersado por la casa en busca de vaya uno a saber qué y lo revisaba todo). Uno de ellos, el que parecía el jefe, tenía un bigote muy extraño, partido al medio con una raya amplia. Se había quedado de pie en el pasillo: seguramente le pareció una posición estratégica porque, en la casa de Ariadna, todo –las dos piezas, el comedorcito, la cocina y el baño– desembocaban en el pasillo, y desde allí daba órdenes sin moverse. Los demás iban y venían por la casa.

Le dedicaron a la pieza de Ariadna más cuidado y más tiempo que a las demás habitaciones. Pero los escombros hacía rato que habían desaparecido, llevados minuciosamente a distintos lugares a lo largo de

los muchos meses que habían pasado desde la primera excavación, y el pico, la pala, el cortafierros, el buril y la maza, que mientras hubo que abrirse camino hacia lo hondo se habían guardado debajo de la cama, habían regresado a la ferretería o bien estaban desde hacía tiempo en un rincón de Otroso formando parte de las herramientas de crecimiento, transformación y redimensionamiento de los corredores.

—¿Y esto? —dijo de pronto García.

En un rincón del dormitorio de Ariadna había encontrado un vidriecito pintado, uno de los demonios de la Linterna Fantasmagórica, chiquito como un raviol, que por algún motivo no había ido a parar a la cajita de fósforos en que estaban encerrados todos los demás y que se guardaba junto a la Linterna.

—¡Qué dibujo más raro! —dijo, y lo levantó para verlo mejor al trasluz del aire—. ¿Lo llevamos, señor? —le preguntó al jefe.

—¡No sea ganso, García! Buscamos actividades ilícitas, no dibujitos de fantasía. Deje eso donde estaba y siga buscando.

Por un momento García apoyó el pequeño demonio sobre la mesa de la cocina, pero fue solo un momento y no pude casi verlo, salvo el destello de un par de alas violeta, y una hilera de dientes, finos como agujas.

Ariadna ponía la mesa.

No tardaron demasiado en revisarlo todo, en abrir todos los cajones, en correr todos los muebles, en meter la mano en todos los bolsillos, y nada –si se descuenta el episodio del demonio– les llamó la atención.

—Bueno —dijo el jefe—. Falta la cocina.

Y cuando dijo eso, como si hubiese dicho una palabra mágica, como si fuese parte de un hechizo,

María Blanca rompió a cantar "Mambrú se fue a la guerra". Después abrió la alacena, sacó el tarro de harina, lo destapó y empezó a soplar. Y a soplar y a soplar, y el aire de la cocina se volvió opaco después blanco, y la nieve finísima tiñó de gris el bigote partido al medio del jefe del pelotón y puso galones blancos en los hombros del cabo García. Y María Blanca seguía soplando y soplando, y después cantando en voz bien alta "Mambrú se fue a la guerra, chiribín, chiribín, chin, chin". Ariadna, abrazada a ella, se sonreía. Yo miraba sin entender por entre esa niebla que me secaba la nariz y me daba ganas de estornudar.

Los agentes se miraron entre ellos y no dijeron nada: al fin de cuentas estaban en casa de la loca.

Le echaron apenas una ojeada a la cocina: abrieron la alacena, el horno –donde se doraba mansamente el budín de pan–, la heladera, el tacho de la basura, el cajón de los cubiertos... Una fina capa de harina se había ido depositando sobre el piso y no sólo no se veían las juntas de las baldosas sino que ni siquiera se distinguía una sola de las muchas manchitas grises y blancas que salpicaban el rosa del suelo.

Volví al quiosco con la cabeza blanca y el pulóver blanco y los zapatos blancos y la noticia de que María Blanca, la pobre, estaba más loca que nunca.

Los enemigos también tejen. Tejen alianzas

Después de la casa de la loca –de la casa de Ariadna– revisaron a conciencia la casa del Batata, la casa de la Tere, el taller de Warnes (porque no era un secreto para nadie que allí había más de uno que estaba al tanto de Otroso) y también la casa de Hugo, aunque para eso tuvieron que vérselas con Clara Berenstein, que les dificultó la tarea en tal medida que el cabo García salió secándose el sudor con el pañuelo, mucho más agitado que cuando tenía que tirarse en palomita para atajar penales en los partidos de los domingos.

En ninguna casa encontraron nada sospechoso (claro está que no buscaban puertas a Otroso sino pistas que delataran dónde estaba ubicado, documentos, objetos; relieves y no agujeros).

Con cara de preocupación pero escasamente preocupado, Íñiguez le presentó su informe, y sus respetos, al señor Jaramillo, sospechando, debajo de la visera de su gorra, que tal vez los vecinos prestigiosos no fuesen por necesidad buenos testigos.

El pelotón siguió recorriendo de ida y de vuelta el barrio y, si bien les llamaba la atención a los que pasaban por el barrio, a los que vivíamos en él se nos fue haciendo una costumbre, y aprendimos a acertar

la hora que era sin necesidad de reloj, solo por el paso metódico y previsible del pelotón: por Agustín Álvarez hasta Warnes, Warnes hasta Alsina, Alsina hasta Vallegrande, Vallegrande hasta Lavalle, de regreso hasta Agustín Álvarez y vuelta a empezar. Se limitaban a las calles en las que estaban las casas de los sospechosos, más un pequeño tramo extra –de Vallegrande y Agustín Álvarez hasta Vallegrande y Lavalle–, tanto como para que Renner, el otro soplón, viera que se ocupaban del asunto, Jamás se internaban por Lavalle, por ejemplo.

Y sin embargo era en Lavalle donde sucedían las cosas, era en Lavalle donde Renner y Jaramillo tuvieron que tomar la resolución de prescindir del pelotón y aliarse definitivamente con la Patota.

No todos están de acuerdo con mi teoría en Florida. Estoy seguro de que Ramiro Tessani, sin ir más lejos, va a asegurar en su *Crónica objetiva* –que de objetiva no tiene nada– que Renner y Jaramillo jamás se reunieron en secreto con los charolados ni les sonrieron ni les palmearon el hombro. Pero nosotros, los que habíamos montado la red de espionaje, tenemos nuestras razones para sostener lo que sostenemos. No sólo por los indicios que fue recogiendo uno a uno –como recogía los huevos de sus gallinas– la abuela Hernández –motos imprevisibles, montoncitos de charol entrevistos por la ventana de la sala de los Renner, guiños insólitos de Jaramillo por la calle Lavalle–, sino también porque lo que sucedió después, cuando se desencadenó la última lucha, no coincidía con el modo de hacer las cosas de la Patota de Florida. La Patota pegaba y corría. No reincidía. No repetía ni se arriesgaba. Creo, incluso, que olvidaba. Las zapatillas que habían arrancado de los pies de Luis Perrota el jueves aparecían tiradas en la esquina de Vallegrande

el viernes. Ya no tenían emoción, como tampoco tenían cordones. Los cordones estaban, tal vez, atados dolorosamente a la cola de la Negra, la perra de don Braulio, que al momento siguiente de aullar ya había dejado de ser divertida. Una segunda incursión en Otroso, con armamento en regla, planeada en detalle, y con el riesgo que significaba la gran resistencia (porque para ese entonces Chacho, el padre de la Tere, ya le había contado a medio barrio detalles escalofriantes de lo que podía esperarse de la Linterna Fantasmagórica y del Mamotreto Concuernos), no podía ser idea de la Patota. Tuvieron que ser Renner y Jaramillo.

Por otra parte, algunas cosas que sucedieron mucho después, y que no voy a contar porque prometí no revelarlas nunca, ayudan a confirmar mi sospecha.

"Sí, pero no dejan de ser sospechas": eso es lo que me diría Tessani si le expusiese mi teoría. Está bien, lo admito, son sospechas, pero solo sobre esas sospechas puedo construir esta historia.

Fue en Lavalle, y mientras el pelotón pasaba y repasaba por el barrio, donde se preparó el ataque. Tuvieron mucho que organizar, mucho que prever. No podía ser, como la primera vez, una alegre incursión, excitante porque era en lo oscuro, pero segura y rápida como tocar el timbre y salir corriendo. Ahora tenían que contar con las máquinas infernales –la Linterna Fantasmagórica y el Mamotreto Concuernos (de la Máquina del Trueno casi nadie había oído hablar)– pero, sobre todo, ahora que Aniceto no estaba más para guiarlos, con el Laberinto de los corredores enredados y los canales, donde podían dispersarse y perderse.

La prueba de que un segundo ataque a Otroso no estaba dentro del estilo de la Patota está en el hecho de que, si en el primer ataque había habido

doce camperas de charol, en el segundo había solo nueve porque las otras tres habían quedado colgadas de algún ropero.

Del pelotón a la Patota: aprestos de combate

"Yo siempre dije que Ricardo Renner nos traicionó más de una vez", dijo Ariadna un día, "o, mejor dicho, que nos fue traicionando de a poco". Y creo que tiene razón.

Ha de haberse sentido poderoso Ricardo Renner con tanta información encima –era el único que había estado en Otroso– y se me hace que la iba dejando caer de a poco, diciendo algo apenas y dando a entender que era mucho más lo que no decía. Un día nombró a Otroso frente a una campera de charol. Otro día dio los nombres de los dueños. Una semana después habló de las carreras de Aniceto. Y apuesto a que, muchos días después, todavía fue capaz de sorprender a Renner y a Jaramillo cuando dijo, como al pasar, que a Otroso se entraba por muchos lados, y no solo por el terraplén.

Me imagino que lo dijo con orgullo (porque sabía que era muy importante lo que decía) alguna tarde de esas en que los enemigos de Otroso se reunían en la sala de su casa. Habló de otras entradas porque había visto que alguna vez, los viernes, alguno de ellos se ponía de pie y se iba de la Gran Galería, por un camino propio, que no era el del terraplén, por donde bajaba

Aniceto. No habló nunca, en ningún momento, de la entrada de Rosita, debajo de la planta de hojas gigantes. Tampoco habló de Rosita, a la que nadie había anudado todavía, de manera oficial, al menos, con Otroso, y a la que él preservaba por razones que puedo fantasear pero que no conozco.

—Pero vos, ¿cómo sabés esas cosas? —le preguntaba el padre.

—Chismes, cosas que dicen...

Quería decir que Otroso, entonces, estaba cerca, ahí nomás, y que se entraba por algún agujero disimulado vaya uno a saber dónde en la manzana maldita, la misma que el pelotón recorría acompasadamente todos los días. Tanto más peligroso.

Renner y Jaramillo han de haberse mirado –como si pudiera verlos– preguntándose con los ojos cuál era el camino, ahora que la verdad estaba tan cerca y tan caliente que uno casi podía atraparla como si fuera un pan con un gesto de la mano. Podían recurrir de nuevo al pelotón, por supuesto, u obligarlos a dar vuelta la manzana podrida hasta encontrar los agujeros. Pero tal vez recordaron con demasiada nitidez la cara sudorosa del cabo García y los ojitos desconfiados de Íñiguez, porque, en lugar de recurrir al pelotón, prefirieron recurrir a la Patota.

La Patota tenía muchas ventajas sobre el pelotón, y la más importante de todas, que era secreta. El pelotón llevaba a trámites en la comisaría, a declaraciones, a constancias, a papeles. La Patota llevaba al castigo, elemental, primario, adentro de la cueva de lo oscuro, a una puñalada en el corazón de Otroso. Además, pienso yo, ¿por qué negarles a Renner y a Jaramillo una cuota de fantasía? El pelotón, reconozcamos, era muchísimo más aburrido.

La prueba de que se había elegido ya un camino estuvo en la visita que hizo Jaramillo al comisario al día siguiente: para levantar la denuncia contra Otroso.

—Al fin de cuentas, Íñiguez, cosa de chicos.

—Es lo que yo le decía, señor. No sé si vale la pena.

Cosa curiosa, después de levantada la denuncia, el pelotón siguió pasando y repasando las calles durante algunos días más, en una de esas porque, como habían entrado a formar parte del paisaje, ya no podían desprenderse de él así como así, nada más que porque un señor vecino retirara la denuncia.

—Mala leche —dijo Clara Berenstein esa tarde, cuando entró al quiosco de Ángel.

Se había enterado antes que nadie de la visita de Jaramillo a la comisaría porque la mujer del principal, que no podía callarse nada, le había pasado el chisme en la farmacia.

Mala leche, era cierto. Leche agria, grumosa, maloliente.

—Si no confían en el pelotón —dijo Rosita, con esa cara que estaba ahora siempre tan blanca y antes tan rosada—, confiarán en algún otro.

La abuela Hernández no hizo comentarios, pero se puso de pie, agarró la bolsita de red y salió del quiosco apurada.

—Me voy a buscar huevos —dijo desde la puerta, y ninguno tuvo que espiar para saber que se alejaba rumbo a Lavalle.

A la tarde volvió con la noticia que, en cierto modo, esperábamos todos. En Lavalle, charol por todas partes, un casco reluciente, ruido a botas. La Patota ni siquiera se esforzaba por disimular su presencia. Que me diga Tessani si todo esto no es prueba suficiente de

la alianza donde unos golpeaban y otros empujaban primero y después protegían.

Clara Berenstein la miró a Rosita y le dijo:

—Ahora te toca a vos, nena.

La larga siesta (la larga noche) de la revancha

El barrio lleva años y años contando esta historia, y yo llevo años y años tejiéndola y destejiéndola, buscándole las vueltas, atando los cabos sueltos, y sin embargo, ahora que quiero contar lo que sucedió el día en que la Patota bajó –volvió a bajar– a Otroso, el día de la batalla final, me doy cuenta de que no sé por dónde empezar. Creo que tengo demasiada información, no poca. Y muchas versiones, cuatro por lo menos: la del Batata (Ariadna me contó muchísimas más cosas de Otroso que nadie, pero jamás se avino a hablarme de la batalla final), que es un poco exagerada y fantasiosa; la que se cuenta siempre en el taller de Warnes (supongo que a partir del relato de la Tere, pero tampoco de eso estoy seguro); la que se fue armando con pedacitos sueltos (como una colcha de retazos) en las reuniones del partido de los chismosos en la tienda de Zucotti (que admito que tiene detalles jugosos y significativos pero que, en general, no se sostiene) y la de Ramiro Tessani, que pretende ser la más objetiva, aunque a mí Tessani siempre me pareció demasiado desprendido de las cosas para entender nada. Con todos esos pedazos de tejido tengo que tejer yo mi propia bufanda: porque reconozco que me quedo con mi versión, con la que yo imagino.

Clara Berenstein podía darse por satisfecha: Rosita había hecho bien las cosas y cinco o seis horas antes de que comenzara el ataque los de la red de espionaje sabíamos todo lo que teníamos que saber y pudimos pasar toda la información que había que pasar. Cuando comenzó el ataque, Otroso estaba alerta y esperando.

Es de suponer que la Patota no estaba segura de encontrarse con los dueños de Otroso cuando la primera incursión, que esa vez más los impulsaba la idea de irrumpir, de violar y de dejar huellas que de enfrentarse en batalla con otros. Se podría decir que la primera batalla fue casi involuntaria, de ambas partes. La segunda, en cambio, fue una batalla buscada y deseada. Por una vez la Patota (y eso, digo yo, porque detrás de ella asomaban sus caras Renner y Jaramillo) no atacaba casualmente al que se le ponía delante, con ese estilo que le era tan propio. Por una vez había planeado el ataque, sabía adónde iba y a quiénes quería herir de muerte.

"Una buena paliza, para que aprendan", algo así supongo que habrán dicho Renner y Jaramillo. No creo que hayan dicho más: ellos no son gente de andar entrando en detalles. De cómo dar una paliza, de dónde golpear, de qué llevar en la mano para que el golpe doliese, tenía que ocuparse la Patota. Todos descontábamos que iban a llevar lo que llevaban casi siempre: cadenas oxidadas, nudillos de metal, sogas de trenza fina, que dejaban finas huellas en la cara, y –según datos recogidos en lo de Zucotti (que no tengo por qué poner en duda)– enormes bolsas de polietileno, tal vez para ahogar el aliento, y otras bolsas, más chicas, llenas de arena, atadas al cabo de una piola y que, revoleadas por el aire, debían caer como una desgracia sobre los estómagos y las cabezas.

No pudieron entrar sino por el Canal del Terraplén, como la primera vez: la entrada del baldío estaba clausurada y disimulada desde hacía rato, y, a pesar de las sospechas ciertas que había sembrado Ricardo Renner, jamás se habían podido encontrar las otras entradas de la manzana maldita. Como el ataque fue a la hora soleada de la siesta, es de suponer que, durante algunos metros, los guió la luz que se colaba por entre las ramitas del hinojo. Recordaron con intensidad que, esta vez, Aniceto no estaba. Tuvieron que recordarlo casi enseguida porque, a cinco o seis metros de la entrada, se abría el primer canal de emergencia secundario, cavado de tal manera en la tierra que parecía una bifurcación perfecta, en la que se abrían dos caminos simétricos, indiferentes. Es probable que, en esos primeros pasos, todavía seguros de sí mismos, hayan recordado las precauciones elementales de los exploradores de laberintos y se hayan mantenido juntos.

Supongamos que eligieron el camino correcto, el que tarde o temprano desembocaría en la Gran Galería. Supongamos, digo, porque no lo sabemos y porque, de todos modos, dos o tres metros más delante volvía a salirles al encuentro otro canal de emergencia secundario, tan invitador como el primero y tan igual al primario que nadie sino los verdaderos dueños de Otroso podían reconocerlo. Han de haberse internado por él y caído en el Corredor Número Uno (el que llevaba a la casa de los Berenstein) porque el Batata, alerta en la oscuridad, oyó ese retumbar de la tierra que se sentía venir del canal cegado del baldío cuando alguien caminaba por el corredor Número Uno (no en vano había recorrido Otroso días y días con la caja chayera en la mano). Después otros canales de emergencia secundarios y otros corredores y de nuevo el Canal del Terraplén, que no

reconocieron porque en Otroso cada tramo de tierra hueca era único, irrepetido, como si todo comenzara de nuevo a cada momento. Para ese entonces han de haber empezado a perder ciertos controles, porque algunos se internaron por unos túneles y otros, por otros. El Batata era capaz de oír pasos que iban y venían, que retrocedían desorientados, a la vez en el sector del Corredor Número Uno y en el Corredor Número Cuatro, que llevaba a su propia casa, y después en el Número Tres, que terminaba en vía muerta de hojas y piedras ahora y que antes había llevado a la planta gigante de la casa de Rosita. Con la misma cara de éxtasis que ponía cuando del armórgano brotaban sonidos insospechados, escuchaba la sinfonía de los pasos en los corredores y en el silencio y la oscuridad controlaba su recorrido.

Muy juntos en el centro de la Gran Galería –como en el día del picnic inaugural, pensaron algunos seguramente–, tocándose para poder comunicarse porque no veían absolutamente nada en el negro y oloroso vientre, los dueños de Otroso esperaron.

Había llegado el momento de la Máquina del Trueno, la primera que tenían prevista usar contra la Patota.

El Batata se levantó sin hacer ruido, aferrándose a la bolsita de petardos. Se deslizó lentamente por los corredores y, cuando el primer cohete estalló en el canal de emergencia que ligaba al Corredor Número Uno con el Corredor Número Cuatro y pasaba muy cerca del Canal del Terraplén, el ruido tuvo que sentirse sobre todo en el Corredor Número Tres, donde el Batata sabía que andaban pisando dos o tres de la Patota, tuvo que sonar de tal manera, con tal violencia, que los que estaban allí tuvieron que sentir que la tierra que los envolvía se partía en dos en un abismo. Al primer cohete siguió

un grito. “Era la primera vez que oía la voz de la Patota”, me dijo el Batata el día en que me contó su versión de la batalla, que apareció publicada en el número cinco de *La Gaceta,* dedicado exclusivamente al tema.

A partir de entonces y sin sosiego el Batata recorrió como una culebra los corredores y los canales, sembrando petardos que estallaban y luego sonaban donde tenían que sonar, donde hacían crecer flores de miedo, hasta que los gritos de sobresalto de la Patota, y los suspiros y el jadeo entrecortado empezaron a invadirlo todo, repitiéndose en los corredores y llegando luego adormecidos a la Gran Galería, como una extraña música, aguda y excitante.

Entretanto la Tere preparaba la Linterna Fantasmagórica. Sabía que en algunos momentos, en las recorridas por los túneles, la Patota tenía que entrever, sin adivinar qué era, la Gran Galería. No podían desembocar en ella aún porque los ruidos indicaban que el grupo más adelantado (de tres parecía ser la vanguardia) apenas si estaba a unos treinta o cuarenta metros de la calle Alsina y a cincuenta por lo menos del corazón de Otroso, mientras el grueso (los seis restantes), todavía andaba revoloteando a escasos quince metros del Canal del Terraplén, sin darse cuenta de que estaban muy cerca de la salida del hinojo (que tal vez ya buscaban afanosamente, deseosos de terminar con una incursión que ya no les resultaba divertida). Pero, al atravesar sin saber qué atravesaban, los corredores principales o el Canal del Terraplén o el Canal del Baldío (que estaba cegado en la punta pero seguía abierto en su recorrido), tenían que entrever perfiles de la Gran Galería. Y la Tere confiaba en que, en esas idas y vueltas, verían a los demonios que iban a crecer en el humo del pasto encendido.

En el taller de Warnes, donde se cuenta con gran precisión la actuación de la Linterna Fantasmagórica, aseguran que la Tere se ubicó en un rincón de la Gran Galería, una especie de cueva que había quedado formada después del desmoronamiento con que el Batata había querido iniciar la excavación del Corredor Número Cuatro, y que había resultado un lugar tan poco propicio para seguir cavando. La pequeña caverna, situada entre el Corredor Número Dos y el Corredor Número Cuatro, era especialmente apropiada en ese momento. El sonido de los pasos indicaba que la Patota estaba caminando a sus espaldas (tanto la vanguardia –que andaba ya a unos treinta metros de la Galería, aunque se alejaba y se acercaba sin concierto– como la retaguardia, que vagaba todavía por los alrededores del Canal del Terraplén). El humo blanco del pasto encendido en la vieja palangana cubría ya toda la Galería y montaba hacia la trampa abierta en la cocina, donde María Blanca, que no se había sorprendido cuando su hija oscureció con trapos la ventana, lo veía seguramente brotar del fondo de la tierra con la serenidad con que aceptaba todo lo que provenía de Otroso.

Cuando la Linterna se encendió, y los demonios de garras y uñas y de ojos inmundos empezaron a crecer, el propio Batata, que seguía recorriendo y sembrando ruido, tuvo un sobresalto de miedo cuando, al darse vuelta, vio a un inesperado diablo rojo y violeta que se agrandaba en el humo y tendía sus uñas filosas contra él.

Los estallidos implacables, incansables, y los demonios que brotaban del suelo y crecían hasta ocupar toda la pantalla de humo, y que, entrevistos desde los corredores, parecían anfitriones infernales, provocaron un verdadero desbande en la Patota. Los pasos se apuraron y luego se hicieron carrera. Cosa rara: ya no se oían

sólo gritos y jadeos, también voces. Primero insultos, sobre todo, y la u de pelotudo y la erre de forro se alargaban en los pasillos hasta parecer un rugido y un lamento. Después otras palabras, indicaciones, titubeos. "Eso para mí fue lo más extraño de todo", insistía el Batata, "que tuvieran voces".

La Patota se había desarmado, corría desmadrada por los corredores, arrastrando sus sogas, sus bolsas, sus cadenas. Pero aún faltaba lo peor: el silencio y el Mamotreto Concuernos.

Resonó el último cohete, brilló en el humo el último diablo y después Otroso todo quedó oscuro y en silencio. Desde la Gran Galería se veía a veces la centella de una linterna que buscaba desesperada su camino por el Laberinto y brillaban los puntos fijos de otras linternas abandonadas en la estampida y perdidas para siempre en los caminos que iban y venían y que siempre comenzaban.

Hugo y Ariadna se abrazaron al Mamotreto, como deseándole suerte. La Tere encendió el motor de la lustraspiradora y lento, ronroneante, implacable, el Mamotreto inició su recorrida por los corredores.

Ya habían hecho todo lo que había que hacer. Ahora tenían que esperar. El Mamotreto no podía ser dirigido, como la Linterna Fantasmagórica o la Máquina del Trueno. Al Mamotreto se lo encendía y se lo dejaba ir. Nadie podía prever qué camino haría en el Laberinto. Nadie podía prever cuándo y a quién embestiría primero con sus cuernos. "Esas son cosas de él, son cosas del Mamotreto", dice el Batata que decían siempre Hugo y Ariadna (parecían creer que el Mamotreto tenía una existencia independiente, animal, viviente). En eso habían sido severos con la Tere, cuando quiso adaptar un mecanismo de control remoto para señalarle al

camino, para llevarlo hacia donde ellos creían que tenía que ir. Habían aceptado el motor de la lustraspiradora, que trasladaba al Mamotreto con un movimiento lento y bamboleante por el Laberinto. Habían aceptado la célula fotoeléctrica, ajustada en la frente, debajo del mechón de pelo que le crecía entre los cuernos, porque de ese modo el Mamotreto lanzaba su embestida feroz contra el que se atreviese a iluminarlo de lleno con una linterna. Pero no habían querido ni oír hablar de dirigirlo. El Mamotreto, según ellos, ya sabía adónde ir. El camino del Mamotreto no era cuestión de ellos.

De modo que, cuando encendieron el motor de la lustraspiradora, se sentaron a esperar y a recibir señales de lo que estaba sucediendo. "Al menos la Tere y yo estábamos atentos a la señales", me dijo el Batata, frunciendo las cejas, como tratando de recordar mejor el día, "porque Hugo y Ariadna estaban sentados los dos juntos, agarrándose las manos, y juraría –porque no podía verlo– que tenían los ojos cerrados y los oídos ausentes".

Nadie fue testigo de las vueltas del Mamotreto por los corredores, y ni siquiera el Batata, que era experto en detectar ruidos, podía determinar por dónde andaba: el ronroneo del motor era demasiado sordo y demasiado monótono para que se pudiese deducir el recorrido. El Mamotreto andaba por Otroso como anda uno por su casa: sus ruedas parecían adaptarse con armonía a cada una de las lomas, a las concavidades y las convexidades del suelo de Otroso, y andaba sin sobresaltos y sin apuro, internándose a veces por un pasillo y a veces por otro, con la arbitrariedad que daba la leve oscilación de un rulemán, la decisiva presencia de un montículo de cinco milímetros de alto.

Supieron que se encontró con la Patota en algún lugar del Laberinto porque oyeron dos ruidos que quebraron por un instante el pacífico ronroneo: el sonido metálico y característico que hacía el cuello del Mamotreto cuando embestía y la cabeza se le despegaba en un súbito gesto violento, y el grito ahogado en terror de alguien que había iluminado con su linterna al monstruo y se había encontrado frente a frente con sus ojos y con sus cuernos.

En algún lugar de alguno de los pasillos del Laberinto de Otroso había sucedido algo (era imposible saber qué), pero lo sucedido no había logrado detener al monstruo, porque, pocos segundos después, volvía a oírse el ronroneo sordo, invariable, avanzando por la oscuridad. Sin embargo, esta vez el ronroneo no estaba rodeado de silencio como antes sino salpicado de voces, de gritos y hasta (el Batata dice que podría jurarlo) de uno que otro sollozo. Dos, tres, cuatro minutos y otra vez el clonc de la embestida y un aullido largo. Esta vez el Mamotreto había acertado en algo con alguno de sus cuernos. A partir de entonces fue tan desordenado el montón de ruidos que llegaba a la Gran Galería que el Batata ya no pudo descifrar nada. A los gritos, gemidos y llantos francos de la Patota, Otroso respondía con silencio y con el ronroneo metódico del Mamotreto Concuernos. Segundos de sonido máximo, agudo, histérico, aullidos, que iban del bajo profundo del charol al timbre estridente de la cadena, espasmos entrecortados y otra vez silencio oscuro y rumoroso, eterno. "Era una sinfonía extraña pero bellísima", me dijo el Batata. "Y creo que fue más por acompañarla, por sumarme a su belleza, que por meter más miedo que agarré el violín y suavemente empecé a pasar el arco sobre las cuerdas, junto al armórgano".

En medio del desbande, el grupo de la retaguardia, que nunca se había alejado más de veinte metros de la entrada del Canal del Terraplén, tuvo que haber vislumbrado, en alguna de sus vueltas, la luz que bañaba la planta de hinojo. Supongo que jamás habían dejado de ir y venir por el canal principal, por el Corredor Número Uno y por el canal de emergencia secundario que comunicaba ambos y que, en alguna de las tantas veces que cruzaron el Canal del Terraplén, algún rayo de sol brilló en el hueco de la entrada y les sirvió de guía. Tuvo que haber sucedido algo así porque a las cuatro y cuarto, exactamente dos horas después de que se iniciara la incursión, seis camperas de charol pasaron corriendo por Vallegrande y, desde el quiosco de Ángel, donde estábamos todos (menos Rosita) esperando los resultados, vimos cómo se alejaban rumbo a Mármol y después doblaban hacia la derecha para remontar Lavalle.

Los otros tres tenían que estar todavía allá abajo, donde nosotros no sabíamos ni por asomo lo que estaba sucediendo. Era evidente que los seis que habían escapado no habían conocido de cerca al Mamotreto, sino sólo por los gritos y los aullidos de los tres de la vanguardia, que sólo esos tres habían saboreado a fondo los horrores de Otroso.

Habrán querido reagruparse después del desbande, pienso. Solo así se explica el rítmico sucederse de llamadas y respuesta que oyó el Batata durante un buen rato. Tal vez al menos dos de ellos se encontraron, porque hubo también una conversación, en voz no demasiado alta, que no habría podido darse a través de las paredes.

Y, al rato nomás, el Mamotreto que se asomaba, lento, bamboleante, rumoroso, en la Gran Galería. "Uno lo sentía avanzar", me dijo el Batata, "y uno hubiese jurado que estaba vivo". Hugo pareció salir de su ensoñación y se acercó de un salto. Detrás del Mamotreto venían dos. Uno de ellos arrastraba una bolsa de arena colgada del cinturón con una piola. Habían perdido las linternas en el camino. La oscuridad era casi total pero (cito las palabras del Batata en el reportaje del número cinco de *La Gaceta)* "teníamos los ojos acostumbrados a Otroso y la leve penumbra que bajaba desde la cocina era suficiente para que reconociéramos dos bultos hechos de charol y cascos. Atravesaron la Gran Galería a tientas, como ciegos. Hugo y yo nos tiramos sobre ellos, encendimos nuestras vinchas luminosas y les dijimos que se prepararan porque iba a empezar el juicio".

Hasta ahí puedo decir que sé. Sé que en Otroso hubo un juicio, y que en el juicio estuvieron los tres de la vanguardia (al tercero lo encontró Hugo tirado en el Corredor Número Tres, abrazándose las rodillas y muerto de miedo). Sé también que hubo acusaciones serias, y que a los acusados se les permitió una defensa, y que Ariadna juzgaba, sentada en la mesa de caña y envuelta en la bufanda de Hugo (como una diosa antigua y como una astronauta, las dos cosas al mismo tiempo), mientras se envolvía y desenvolvía en los dedos el famoso círculo de hilo. Otra cosa que sé es que, mientras se realizaba el juicio, el Mamotreto seguía patrullando los corredores. Sé (o supongo que sé, porque es uno de los detalles pintorescos que se cuentan en la tienda de Zucotti) que a los tres se los obligó a sentarse rodeados de las cadenas, los nudillos y las bolsas de arena. Sé que hubo sentencia. "¿Y el castigo?", le pregunté al Batata, que había sido tan elocuente para contar la defensa de Otroso pero que se mostraba tan parco cuando se trataba del juicio: "¿Cuál fue el castigo?". Se sonrió y me dijo: "Cosas nuestras. Cosas de Otroso, y no del barrio".

Recuerdo que ese día me despedí del Batata con la esperanza de que en algún lado iba a poder encontrar las hebras que me faltaban. Pero no fue así: de la cuestión del juicio ni los del taller de Warnes ni los de la tienda de Zucotti sabían más de lo que sabíamos los del quiosco de Ángel, y yo tuve que aprender que hay hebras que se pierden para siempre. Por eso me indigna cuando me dicen que Ramiro Tessani, en su *Crónica objetiva,* va a publicar las actas del juicio; tenga la seguridad de que son un fraude (destinado, estoy seguro, a justificar a los que no pueden justificarse, a despegar a los que están demasiado pegados): juicio hubo, eso nadie lo pone en duda, pero no hubo actas.

Lo que sí hay, en cambio, es un testimonio que no sé si corresponde reproducir acá, pero que siempre consideré muy vinculado con la historia. Es un párrafo de un reportaje, uno de los tantos a los que se vio sometido el Batata Tomasini después del éxito de su famoso *Concierto en Sol Fa para Violín y Corbata.*

La entrevista, que salió publicada en la revista *Muchedumbre* y que está firmada (¡cuándo no!) por Analí Cousello, es una disparatada sucesión de preguntas del estilo "¿qué tres cosas se llevaría a una isla desierta?" o "¿cuál sería su último deseo si le comunicaran que va a ser fusilado?"; en fin, lo usual en esos casos. Pero hay un pasaje del reportaje que nadie me quita de la cabeza que no es sino una velada alusión a ciertos entretelones desconocidos de la famosa siesta de la revancha. Aunque para los miles de fanáticos del Batata Tomasini no pase de ser una más de las tantas humoradas con las que suele responder a las preguntas tontas de los periodistas y a las que nos tiene acostumbrados.

Agotado ya su ingenio (escaso, por cierto), la Cousello le pregunta: "¿Qué castigo elegiría para su

peor enemigo". "Para mi peor enemigo" (responde el Batata, y cito textualmente de la revista que tengo aquí en mis manos) "no puedo imaginar mejor castigo que el de verlo mearse encima. Que estuviese frente a mí, derrotado, y meándose encima. Sería una gloria ver que los pantalones comienzan a oscurecerse con la humedad en la entrepierna, y adivinar entretanto que las gotas de pis se le deslizan por las piernas y por las medias hasta inundarle las botas" (sic).

Siempre que leo esto, no sé por qué, me parece oír un acorde burlón de clarinete.

Con lo que queda del ovillo hago los flecos

No queda mucho por contar, se me termina la lana. El ovillo de esta historia ya no es más que un rulo brincando como loco en el suelo. Con lo que queda, quiero hacer los flecos.

A la Tere y al Batata no les costó demasiado abandonar Otroso: terminaba noviembre y en Florida, cuando termina noviembre, empiezan a reventar los jazmines y de los paraísos de la vereda llueven florecitas rosadas y los vecinos andan sin saco, con la piel entibiada por el sol de la siesta. En esos días da gusto vivir en el barrio. La Tere volvió al taller, donde la esperaban todos como se espera a los héroes. El Batata le trajo el violín de vuelta al Viejo, y fueron los dos juntos a ver precios de pianos de segunda mano y de guitarras.

Supongo que al que le costó salir de Otroso fue a Hugo. No sé si habrá hecho algún amago de quedarse. Tal vez sí, aunque no podía menos que entender que el círculo de Otroso ya estaba bien cerrado. Tal vez fue Ariadna, con el hilo que cambiaba de forma y siempre era el mismo, la que le mostró el camino para salir del laberinto, la que le consoló la tristeza. Al menos soy testigo de que un día –era diciembre ya y muy caluroso y yo estaba en la heladería, atendiendo no tanto mi redacción como mi helado– pasaron los dos juntos.

Los seguí con la mirada: las nalgas de Ariadna florecían debajo del bluyín como dos lunas, Hugo iba con las manos en los bolsillos, pero sin bufanda.

Las entradas a Otroso, todas, fueron severamente clausuradas (solo entonces aceptó Ariadna completar su historia). Ningún rastro quedó del lugar donde había estado. El que recorra hoy palmo a palmo la cocina donde comenzó todo no va a identificar las baldosas que estuvieron sobre la trampa: suficiente pastina cuidadosa borró todas las huellas. Tampoco en el terraplén ni en el baldío ni en el rincón del taller de Warnes donde sigue durmiendo su siesta eterna el viejo Dodge ni en el placard del Batata ni en el jardín de Rosita ni en el galpón de los Berenstein hay siquiera una marca, un rasguño, un desnivel que indique que ahí hubo un día un hueco que llevaba al corazón de Otroso.

La Linterna Fantasmagórica y el Mamotreto Concuernos quedaron, creemos todos, allá abajo. Y aunque supongo que ha de hacer tiempo que al monstruo se le acabaron las pilas, me gusta imaginármelo paseándose por Otroso, lento, bamboleante, protegiendo para siempre el Laberinto.

A veces, en mi delirio (es mi historia y tengo derecho a delirar con ella), pienso que algún gajo mínimo del malvón manso, uno de los tantos que quedaron diseminados por el suelo de la Gran Galería el día de la primera batalla, prendió y echó raíces, que las raíces crecieron con tanta tierra allá abajo, y que hoy Otroso entero florece en mil flores ciegas, a las que les bastaría la luz de una linterna para enterarse de que son definitivamente rojas.

Me gusta delirar esos delirios, y soñar el sueño de que Otroso está siempre al alcance de la mano, que no está nunca lejos, es más: que algún día, pronto…

Pero, entre tanto, hay que seguir contando. Y yo, con esta última hebra, doy por terminada la historia, a tiempo para publicarla en el número extraordinario de *La Gaceta de Florida,* que saldrá el jueves que viene y que podrán conseguir, como siempre, en el quiosco de Ángel. Espero que los que lean la famosa *Crónica objetiva* de mi vecino Tessani puedan luego cotejar versiones, y acaso volver a contarlo todo, cada uno a su manera. Al fin de cuentas una historia es, como el hilo de Ariadna, un círculo sin fin que cambia de forma y siempre es el mismo.


© Alejandra López

GRACIELA MONTES

Nació en Florida, un barrio del Gran Buenos Aires, y es una activa escritora de libros para niños y jóvenes en la Argentina. Ha publicado más de setenta títulos, entre ellos, *Las velas malditas*, también en esta colección. Obtuvo el Premio Lazarillo en 1980.

Índice

ESTA VIGÉSIMOSEGUNDA REIMPRESIÓN DE 2.200 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.